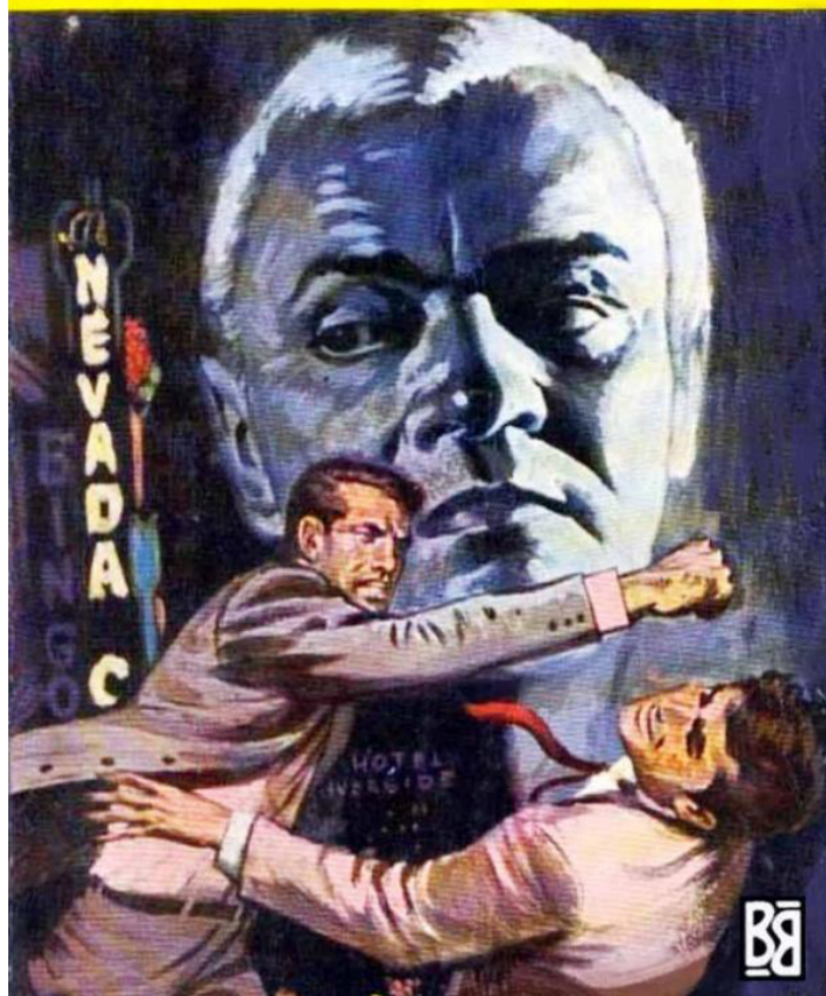


PUNTO
ROJO

veneno para Eugenio

vic logan



VENENO PARA EUGENIO



VIC LOGAN

VENENO PARA EUGENIO

Colección PUNTO ROJO n.º 243

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA,

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 30.661 - 1966

1.ª edición: diciembre 1966

Impreso en España - Printed in Spain

© VIC LOGAN-1966

sobre la parte literaria

© JAIME PROVENSAL-1966

sobre la cubierta

© COSTA-1966

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.**

En Colección ARCHIVO SECRETO:

114. — Conspiración siniestra.

133. — El asesino miope.

141. — Juegos de damas.

En Colección PUNTO ROJO:

216. — Traficantes de bicarbonato.

En Colección BUFALO:

670. — Senda sangrienta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

848. — Preparando un asesinato.

CAPÍTULO PRIMERO

—Alguien va a «cargarse» a Eugenio un día de éstos...

Ésa era la opinión general.

Lógico que el crimen no tenga justificación; sin embargo, tiene siempre un motivo.

Venganza, celos, dinero, odio... y hasta «gamberrismo».

¿Qué por cuál de esos motivos se presumía que iban a dar el «pasaporte» a Eugenio?

Pues había de todo un poco... Y sumado lo cual daba un motivo inédito: ASCO.

Eso es. Eugenio en su forma de comportarse daba asco.

Eugenio era un director, un tirano, un engreído, un presuntuoso, un tipo inaguantable y sin embargo... eran muchos los que dependían de él.

Si Eugenio se había levantado con buen pie, todavía era posible aguantarle sus intemperancias, pero... ¡Sí, sí! Eugenio nunca se levantaba con buen pie. Daba la sensación de ser un tipo que desayunaba con vinagre.

Eugenio, bajito él, tenía un rostro de esos que a simple vista ya inspiran deseos de pegar bofetadas.

Eugenio, un poquito orondo él —y patizambo además— habría sido la inspiración de un sádico, para hacerle reventar.

Eugenio, tacaño hasta los tuétanos, bien podía castigársele ahogándolo en un pozo de dinero, de ese papel pestilente e infectado tan necesario para gozar de lo más indispensable.

En fin...

Eugenio se creía... un genio.

Para terminar:

La profesión de Eugenio era la de jefe de producción en la «American Intercontinental Pictures» Estudios cinematográficos con sede en Hollywood.

Y ahí está Eugenio.

Es ese tipo de un metro sesenta y ocho que se mueve como un sapo entre las cámaras y está dando órdenes.

No es trabajo de un productor inmiscuirse en los asuntos de rodaje, pero en esta ocasión Eugenio ha querido demostrar sus aptitudes de director, porque al parecer, ninguno de los de la plantilla podía ser capaz de dirigir aquel film que había sido pensado, escrito e ideado únicamente por él.

—¡Maldita sea! —renegó con su lenguaje habitual—. ¡Corten! ¡Corten! ¿Es que no me he explicado bien?

Se dirigía al cámara que sentado sobre la grúa había tomado la escena del baño colectivo en la piscina especialmente construida para el rodaje.

—¿Qué es lo que ocurre, señor Santillo? —preguntó el *cameraman* desde lo alto.

Santillo era Eugenio. Eugenio Santillo era su nombre completo. No tenía nada de inglés y la razón de su nombre y apellido españoles estribaba en su nacionalidad. Eugenio era argentino. Y cuando maldecía lo hacía en castellano. Debían parecerle más fuertes los insultos.

—¿De veras se cree usted un *cameraman*?

—Llevo años en la profesión, señor Santillo... —dijo el aludido, con inusitado atrevimiento.

—¿Pretende burlarse? Esa toma es propia de un novato... —Pataleó el inefable Eugenio.

—Hago lo que usted me pidió.

—Le dije un «plano general». No un enfoque estático a vista de pájaro. ¿No comprende que es la escena cumbre?

—¿Por qué no sube y maneja la cámara usted mismo?

—¡Cállese, Joe! Ya le he oído bastante... ¡Baje de ahí! Tomaremos la escena del asesinato...

—¡Asesinato! —exclamó el *cameraman* entre dientes—. A ti deberían asesinarte.

El incansable Eugenio se había propuesto terminar la película en la mitad del tiempo que normalmente se empleaba. No escatimaba horas. Claro que no disponía sólo de las suyas, sino también las de los que no tenían más remedio que aguantarle.

Joe descendió de su puesto y se dispuso a tomar la toma del

«asesinato».

Primer plano de un vaso de cualquier cosa al borde de la piscina, de lo que representaba el jardín de una residencia lujosa y señorial.

El vaso en cuestión pertenecía a una de las bañistas.

La toma era simple.

Una mano sustituía el vaso por otro en el que se suponía que había veneno. Luego la presunta «víctima» lo tomaría y al poco rato moriría en el agua.

El *cameraman* enfocó el vaso.

Seguidamente apareció ante el visor la mano con el otro vaso que debía sustituir al primero.

—¡Basta! ¡Basta! Esto parece una escena de historieta gráfica. Quiero más énfasis... ¡Más suspense! —bramaba la chillona voz de Eugenio, que sonaba a sonsonete.

Joe pacientemente repitió la toma.

Una, dos, tres...

Demasiadas veces para una cosa tan sencilla.

—¡Se acabó! No aguento más... Éste no es el único estudio. ¡Me largo!

Entonces surgió el Eugenio amenazador.

—Esto le costará caro, Joe. Abandona el trabajo en plena producción.

—Estoy hartó.

—¡Se acordará de esto, Joe! Se lo aseguro.

Joe se encogió de hombros y se dirigió hacia una de las puertas de salida del amplio estudio de la productora.

Myrna cruzóse en su camino. Myrna era de una de las muchachas que trabajaba en el guardarropa femenino del estudio.

Había estado presente en el rodaje y también en la discusión.

Era la novia de Joe.

—¡Joe! —clamó sin levantar el tono de su voz.

El joven adivinó un deje de reproche en la actitud de su prometida.

—No puedo más, Myrna. Te aseguro que he llegado al límite de mi aguante.

Ambos salieron al callejón.

—Eugenio es vengativo... —murmuró ella.

—Lo sé. Mañana ya se habrá puesto en contacto con los estudios más interesantes. Habrá dado publicidad a mi abandono y posiblemente conseguirá que se me cierren algunas puertas. Yo no sé de dónde demonios saca la influencia este pedazo de bestia.

—Es un ser mezquino, cruel —admitió Myrna—. Pero tiene poder... Debiste aguantar un poco... Por ahí todo el mundo comenta que la película será un desastre y que no volverá a atreverse a dirigir.

—¡Me da lo mismo! —replicó el joven, echando hacía atrás el mechón de su pelo rubio, ensortijado, que caía sobre su frente.

—El rodaje ya está llegando al final.

Él se encogió de hombros sin disimular el furor que se reflejaba en su rostro.

—¿Y qué querías? ¿Qué tuviera paciencia? No, Myrna. Yo conozco mi oficio. Acepto órdenes y también reprimendas cuando me equivoco, pero no consiento que me llamen la atención por algo de lo que no soy culpable...

Iban andando hasta el bar del estudio.

Joe siguió.

—Eugenio no sabe ni lo que quiere. Hace pruebas. Cuando se equivoca echa la culpa en los demás. Pide cosas imposibles. No entiende un pepino de cosas de cine... al menos de director. Lo único que tiene es palique. Habla mucho... Y también sabe cepillar a la gente. Es un tiralevistas. Así llegó hasta el cargo que ocupa.

Myrna guardó silencio. Aceptaba todo cuanto decía Joe porque ella —y todo el mundo— sabía que era la más estricta verdad.

Llegaron hasta el umbral del bar.

—Ese tío —siguió Joe— no es más que un chupatintas que se cree un genio...

—Yo creo que en el fondo no es más que un desgraciado.

—Sí. Pero se aprovecha de su situación —replicó Joe.

En el bar había otro descontento.

Richard Connaly, uno de los guionistas de la productora.

Sólo en la barra, mascullaba palabras incoherentes. El barman, Sam le decía:

—No se tome las cosas así, señor Connaly, no ganará nada con amargarse la vida.

—¡Maldita sea! Y que yo tenga que aguantar a un tipo así... Ese

Eugenio tendrá que acordarse algún día.

Joe y Myrna se miraron.

—¿Te das cuenta? Otro que también tiene algo que decir.

—Alguien tendría que asesinarle algún día —seguía diciendo el guionista.

CAPÍTULO II

Tendría unos cuarenta años. El pelo ligeramente grisáceo. Vestía con elegancia, pero en su rostro se leía, no ya sólo la preocupación, sino también el furor, el odio incontenible...

Así estaba Richard Connaly, uno de los guionistas más veteranos de la productora y con méritos más que probados.

Tomó asiento en una de las mesas del fondo, separadas unas de otras con paneles de madera en forma de reservado.

—¿Cuál ha sido la última jugarreta que te ha hecho a ti? —preguntó Joe.

—No te lo puedes imaginar —gruñó Richard.

—Habla, hombre. Estás entre amigos.

—Ese maldito —escupió Richard— me ha plagiado un guion...

—¿Eh? —exclamó Joe.

—Lo que oyes... Es la película que está haciendo. Yo no sabía de qué se trataba hasta que vi parte del rodaje. La idea la tomó de «Sangre en la piscina». Yo la escribí...

Myrna y Joe cambiaron una mirada.

Richard Connaly siguió:

—Se trataba de una muchacha —periodista— que había sido testigo de un crimen y que pretendía descubrir por sí misma al autor y lograba introducirse entre sus amistades y hacer que el asesino se fijara en ella, e incluso le interesara.

Tras una pausa el guionista continuó:

—Esa chica —la protagonista— llevaba sus notas en un diario y un día el asesino al descubrirlo y darse cuenta de las verdaderas intenciones de la muchacha, decidía suprimirla; para ello, aprovecha una noche en que ha invitado a mucha gente, la mayoría de los cuales se bañan en su piscina, y se introduce por el grueso tubo de desagüe que comunica con otra pequeña piscina en la que guarda una colección de peces de colores.

«Cuando la chica bucea —siguió Richard— el asesino sale de su escondrijo donde aguardaba provisto de escafandra y la ahoga...

»Pero su error estriba en que la chica que mata no es la autora del diario, y por tanto su testigo presencial, sino una amiga suya detective que tomó a su cargo el asunto y paga con la vida.

»Éste es en síntesis el guion que yo escribí con el título de “Sangre en la piscina” —concluyó Richard».

—Es igual a lo que estamos haciendo —admitió Joe—. Sólo que en vez de estrangularla emplea el veneno...

Richard sonrió al replicar:

—Lo sé. —Y añadió—: Y la muerta tampoco es la protagonista sino otra chica que casualmente toma el vaso.

Myrna intervino:

—Esto es canallada. ¿No se le puede probar?

—¿Y qué? —exclamó el guionista—. Él ha efectuado los retoques que le han parecido convenientes para que el guion no fuera exacto.

—Pero la idea es tuya —replicó Myrna.

—Cuando se la entregué no la quise —murmuró Richard—. Me la echó por la cabeza diciéndome que aquello no era un guion, sino un absurdo y ahora para dirigir su primera película echa mano de lo que rechazó atribuyéndose ahora el mérito.

—Haz como yo, Richard —replicó Joe—. Lárgate. Tú tienes talento y en cualquier parte te lo reconocerán.

—Ojalá pudiera. Pero tengo firmado un contrato por cuatro años. De eso se vale... Y todavía me faltan dos. ¡Esto es insoportable!

Joe se encogió de hombros.

—No pierdas la esperanza, muchacho. Con el tiempo alguien le asesinará.

CAPÍTULO III

Roger Heston y Jack Rivers habían sido convocados por el «genio».

A pesar de hallarse atareado con el rodaje, seguía en su puesto y preparaba ya la nueva producción de serie, cuyos guiones había encargado conjuntamente a Roger y a Jack.

Roger, joven promesa de grandes ideas no había cumplido todavía la treintena de años. Jack, el más veterano de la plantilla rayaba ya los cincuenta.

Ambos se hallaban ante el «genio» y comprendían perfectamente que no habían sido citados precisamente para recibir una felicitación.

El genio —Eugenio—. Estaba allí con un par de guiones en la mano. Doscientas y pico de hojas mecanografiadas en cada pliego.

Las echó sobre la mesa como quien se desprende de algo sumamente desagradable o inservible. No podía existir mayor desprecio en su actitud.

Roger y Jack cambiaron una rápida mirada antes de que el titular de aquel despacho bramara:

—Están vacíos. Los dos. Se han agotado sus ideas. Ya no son capaces de hacer nada verdaderamente original ni interesante.

Los dos guionistas permanecieron en silencio.

¿Qué podían replicar?

Ellos estaban seguros de haber escrito algo realmente notable o al menos aceptable y de repente el todopoderoso Eugenio Santillo les echaba un cubo de agua fría sobre sus cabezas.

Ya estaban acostumbrados. Aquella actitud no era nueva, pero no por vieja dejaba de dolerles.

Eugenio obraba de aquel modo por ganas de fastidiar. Por envidia tal vez... Envidia sí, envidia de no saber escribir un guion como cualquiera de los dos que estaba rechazando.

Se sentía pequeño y quería engrandecerse despotricando a los demás.

—Los dos están acabados —seguía prodigando con su aire omnipotente—. Si siguen por este camino tendrán que ir pensando en otra profesión.

Roger, el más joven estalló:

—De acuerdo, genio. Rompamos el contrato que me ata aquí y me buscaré otro trabajo.

El hombre del metro sesenta y ocho pareció crecer un palmo.

—¿Cómo me ha llamado usted?

—¡Genio! —sonrió Roger—. ¿No es esto lo que se cree? Pues así le llamo, pero no para quitar el polvo de su chaqueta, sino en son de burla. ¿Me ha entendido?

Eugenio creció otro palmo.

—Me está insultando deliberadamente.

—¿Es que acaso le quedan dudas? —Siguió Roger, mientras su compañero Jack le daba disimulados golpes por lo bajo.

—Lárguese de aquí, Roger. Váyase de mí vista y no espere que rescinda su contrato. Trabajaré a mis órdenes y romperé cuantos guiones suyos haga y no me parezcan aceptables... Entre tanto cobrará el mínimo estipulado. ¿De acuerdo?

—Es usted el desgraciado más grande que he conocido en mi vida —escupió Roger antes de abandonar el lujoso y confortable despacho.

Jack Rivers quedó solo para aguantar el chaparrón.

Se reunieron media hora más tarde en el bar del estudio.

—Te has buscado la perdición —murmuró Jack.

Roger sorbió su *whisky* y sonrió.

—Me da lo mismo. Sé que haga lo que haga me la devolverá...

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a su vez el joven—. Me tiene atado. Nos tiene atados a todos.

Jack asintió.

—Cuando él no estaba las cosas eran distintas. Nunca debí firmar ese contrato atándome por cuatro años.

—Tú le conociste antes que yo. Ya sabías cómo era. A mí me cogió por sorpresa.

—Te equivocas, Roger. Eugenio Santillo entró en la casa poco

antes de que finalizara mi contrato anterior. No podía sospechar cómo era. Cuando lo supe resultó demasiado tarde.

Roger encogióse de hombros.

—Sea como sea estamos en sus manos.

Joe entró en aquel instante hecho una furia.

—Ese tipo me las paga todas juntas.

Se sentó con los otros dos.

—¿Qué pasa, Joe?

El *excameraman* estalló:

—Se ha dado prisa en redactar un buen informe de mis actividades. Me imputa una serie de faltas absurdas...

—Richard nos dijo que le plantaste ayer en pleno rodaje —cortó Roger.

—Sí. Eso hice, y se ha vengado haciendo correr ese informe. En «United Corporation» ya lo han recibido y también en la «Pacific Pictures»... En todas partes tiene amigos suyos dispuestos a escucharle.

Estaban solos en el bar, sólo Sam, en la barra limpiaba unos vasos con su habitual aire distraído.

La puerta se abrió en aquel instante y apareció Richard cabizbajo. Al ver al grupo tomó asiento en la misma mesa.

—¡Lástima! —Fue su saludo—. Todavía vive.

Todos comprendieron que hablaba de Eugenio.

Tras una pausa que sirvió para que Sam sirviera las cuatro cervezas que Joe había pedido, Jack insinuó:

—Tengo la sensación de que pretende hacer la mayor parte de la producción él solito. Esto le equivale en buen plus.

—Yo no pienso escribir más mientras él siga en la casa —replicó Richard.

—Ni yo —corroboró Roger.

—Imagino que esperáis que adopte la misma actitud —comentó el veterano Jack.

—Es lo mejor que podemos hacer —dijo Roger.

—Eso equivale a vivir del mínimo que tenemos establecido —adujo el más veterano.

—Pasaremos estrecheces pero nadie nos humillará —replicó Roger que había tomado la voz cantante.

—Sí... Es lo más lógico, pero todos sabéis que mi esposa está en

el sanatorio. Necesito dinero —murmuró Jack.

—Y yo tengo mi casa en construcción. Una pequeña granja para el día que me retire —adujo Richard.

—Yo soy soltero y sin compromiso —sonrió Roger— pero me gusta la buena vida. Adquirí un apartamento caro en Sunset Boulevard también me sacrificaré y me desprenderé de él...

Joe era el único que estaba callado. Él no podía tomar represalia de ninguna clase, en todo caso le quedaba el recurso de pedir disculpas o de aceptar un puesto de ayudante en un estudio de segunda categoría.

Y él —Joe— también tenía sus problemas, Myrna. Quería casarse con ella y sin trabajo el panorama no se presentaba precisamente halagüeño.

—¿Y por qué conformarse con vivir mal? —interrumpió de pronto.

Todos volvieron sus ojos hacia él.

—¿Qué idea se te ha ocurrido?

—¿Por qué no le matamos de una vez? —preguntó con toda naturalidad, Joe.

CAPÍTULO IV

—Vosotros sois guionistas... Especialistas en películas de crímenes —sonrió Joe—. Nada os será más fácil que preparar algo perfecto.

El tono en que lo dijo no podía inspirar temor de ninguna clase. Joe bromeaba.

—No estaría mal hacer de ello nuestra obra cumbre —admitió Rogar siguiendo la corriente.

—No creo que fuera cosa difícil —admitió Richard—. Hay que partir de la base que el punto flaco de Eugenio es su corazón. Creo que toma no sé qué medicamento como estimulante.

Jack, el más serio y adusto de todos también intervino para decir:

—Esas cosas... no hay que pensarlas ni en broma...

Durante un minuto los cuatro quedaron silenciosos.

La puerta se abrió y apareció Eugenio.

Miró un momento al cuarteto mientras se dirigía hacia la barra donde Sam le esperaba sonriente.

—Apuesto a que están tramando mi asesinato —espetó en tono cínico, burlón, con aquella superioridad que le caracterizaba...

Nadie replicó.

—Ponme lo de siempre, Sana —ordenó al *barman*.

Joe se levantó.

—Yo me voy. De repente el aire se ha enrarecido aquí dentro.

—¿Qué le pasa, Joe? ¿No ha encontrado trabajo? —preguntó en el mismo tono anterior el «genio».

—Cierre la boca, asqueroso —masculló Joe—. Yo no hablo con tipos como usted.

La actitud de Eugenio cambió por completo.

Con gesto adusto replicó:

—Ya no forma parte de la plantilla del personal, Joe. Váyase de

aquí y recuerde que aunque su prometida siga trabajando en el estudio, puedo prohibirte la entrada cuando se me antoje.

—Algún día le romperé la cabeza.

—¡Largo, Joe!

—No me hable en ese tono.

—¿Olvida quién soy?

—¡Un canalla! —replicó Joe manteniendo el tono de su voz a la altura en que se estaba sosteniendo el diálogo.

—No es más que un pobre desgraciado que acabará mendigando... —Escupió Eugenio.

Joe apenas pudo contenerse.

Con un impulso irresistible se abalanzó sobre Eugenio y cuando ya le tenía a la distancia justa para soltarle el potente directo que ya había preparado concienzudamente, el otro estalló en un arranque de tos. Una tos bronquial, muy oportuna. Al menos le libró del golpe.

Tratando de contenerla, engulló una pastilla que sacó de un tubo de cristal, al tiempo que alcanzaba la infusión que Sam le había preparado.

Joe escupió en el suelo y salió del bar.

Los demás contemplaban indiferentes la escena.

Al fin Eugenio se calmó.

Nuevamente se dirigió a los tres guionistas para murmurar entre dientes, iniciando de nuevo una débil sonrisa burlona:

—No. No me he muerto todavía. Presiento que mi vida va a ser muy larga.

Su vida iba a ser muy corta.

Al menos si se cumplían los deseos de quienes le rodeaban.

Joe había soltado todos los sapos y culebras que llevaba dentro. Myrna le escuchó pacientemente, mientras los dos cenaban en el restaurante habitual.

—¡Oh, Joe!... No te pierdas por un hombre como éste. No te reprocho el que hayas dejado tu empleo, pero no cometas ninguna locura.

El joven trató de serenarse.

—Esta mañana dije en broma que Richard y los otros deberían tramar su asesinato y de veras que me alegraría...

—¡Dios mío! ¡Qué cosas se te ocurren!

—No me digas que ibas a sentirlo...

—Oh, Joe... No quiero oírte hablar de esta manera.

—Tipos como Eugenio Santillo no merecen la menor compasión. Viven únicamente para atormentar a los demás... Te digo, Myrna, que un día u otro tendrá su merecido...

Quizá aquello que había empezado casi de una manera humorística, en un hablar por hablar, empezaría a quitar el sueño a más de una persona, empezando por el propio Joe.

Sí. Aquella noche Joe se sentía profundamente desvelado.

¿No sería realizable aquella idea?

¿Por qué no seguir alimentando el fuego? ¿Por qué no hostigar a los demás para que la llevaran a la práctica?

Sí. ¿Por qué no preparar un concienzudo crimen? Un crimen, perfecto, desde luego.

Los guionistas eran consumados maestros en el arte de preparar guiones donde el criminal únicamente era detenido porque de lo contrario la película no habría sido autorizada. Por lo tanto cabía la posibilidad del crimen perfecto...

—Mañana hablaré otra vez con ellos sobre este particular —se dijo Joe.

Roger Connaly, en su apartamento, estaba saboreando uno de sus combinados perfectos.

También se sentía fascinado por la idea.

Él había preparado docenas de asesinatos en sus relatos, desde su ya lejano guion «Crimen en la lavandería».

Había empleado todos los sistemas. Era especialista en hacer desaparecer el cuerpo del delito, o dicho en otras palabras, en hacer desaparecer a la víctima. Si no hay muerto no hay crimen. Numerosas películas salidas de los estudios cinematográficos habían sido realizadas bajo aquella concepción. Llevaban su firma... Bueno, a las películas por una costumbre estúpida, siempre se atribuye su paternidad al director, cuando quien en realidad las ha creado y hecho posibles ha sido el hombre —o mujer— que las ha concebido primeramente pensando su argumento y realizando su guion.

Roger Connaly era un buen especialista en el género. Los guiones salidos de su mente se habían convertido en películas aclamadas por su ingeniosidad; todos los públicos de América y

también del mundo entero...

«¿Por qué no planear un crimen auténtico?», pensó.

Jack Rivers, el veterano, tenía pensamientos análogos.

Acostumbrado a escribir de noche, los días que dedicaba al sueño, necesitaba somníferos para poder descansar.

Tabletas para no dormirse durante el trabajo y tabletas para descansar cuando no escribía.

Sin embargo aquella noche no tomó ningún tranquilizante. Necesitaba pensar. Pensar...

Su especialidad en los guiones de crímenes eran las muertes por envenenamiento.

Tenía una surtida biblioteca con todos los venenos existentes, incluidos los descubiertos últimamente.

Estaba leyendo algunas revistas especializadas.

Según el gabinete de investigación de muertes por envenenamiento, todos los casos podían ser resueltos. No existe veneno que no deje huellas, excepto los nuevos... Primero hay que estudiarlos y a algunos cuesta trabajo seguirles la pista.

Luego. Otro detalle significativo. En el gabinete de especialistas en tóxicos sólo se envían los cadáveres sobre los que pesa una sospecha muy concreta de que han sido envenenados. Una autopsia corriente en según qué clase de sustancias empleadas, no puede revelar las causas, por lo tanto es perfectamente factible, utilizando, preparados no específicos, realizar un crimen perfecto.

Un buen especialista en planear crímenes por el procedimiento del veneno, necesita una extensa documentación, e incluso fórmulas y recetas y todo ello Jack Rivers lo poseía.

—¿Por qué no preparar algo digno de quien se cree un genio como Eugenio Santillo?

Sí. Jack Rivers no dormiría aquella noche. La idea de asesinar al tirano le obsesionaba.

Roger Heston, el más joven, alternaba la tarea de imaginar futuros argumentos con la de pasarlo bien.

Y pasarlo bien, para Robert, era divertirse en los *cabarets* o llevando chicas a su casa.

Tenía un lujoso —y por tanto costoso— apartamento, equipado con todos los posibles refinamientos. Refinamientos destinados a

hacer gratas sus experiencias amorosas.

Roger era un auténtico sibarita del amor.

Una chica en su casa tenía que encontrarse bien a la fuerza.

Como en aquellos momentos lo estaba pasando Linda Stockwell.

Linda era una maniquí especializada en anuncios para hacer crecer el busto. Por lo tanto es obvio que el suyo respondía plenamente al ejemplo que practicaba en los anuncios.

Linda habría podido anunciar muchas otras cosas, como por ejemplo la manera más adecuada de llevar un bikini.

Linda, además de sus senos fabulosos, poseía unas piernas de campeonato.

Roger sabía elegir bien a sus amistades, sin embargo aquella noche, pese a la música suave, a la luz indirecta, al cómodo sofá... y a todos los elementos indispensables, no estaba en forma...

Roger tenía ante sí a una mujer hecha a molde, pero sólo podía verla con los ojos. Es decir, no tenía malos pensamientos. Bueno, sí los tenía malos, porque pensaba en el modo de asesinar a alguien... Lo cual le parecía mucho más decoroso que sentir más de cerca las formas de aquella mujer sensacional.

La pelirroja notaba ese retraimiento y como por lo visto le gustaba el joven hizo lo posible por atraer su atención. Con un gesto natural y espontáneo remangó su estrecha falda con el aparente objeto de comprobar que su ligero sujetaba perfectamente las transparentes medias.

La visión de las perfectas piernas de la belleza no pareció impresionar al joven Roger, ya que sus pensamientos seguían por derroteros menos románticos.

Linda, quedó estupefacta.

¡Cielos! El primer hombre que no daba una voltereta después de que ella le mostrara sus piernas. ¿Con qué clase de tipo se había citado?

Antes de poder patentizar sus pensamientos, el joven guionista habló:

—Prefiero que me dejes solo, querida.

—¿Y para eso me has citado? ¿No estarás enfermo?

—Oh, Linda... Hay momentos en que un hombre prefiere estar a dieta antes de tomar una indigestión.

—Pues necesitas que alguien que entienda te reconozca el

aparato digestivo.

Linda salió airada del apartamento de Roger.

Se había citado con el único hombre que no había enloquecido contemplando sus formas.

A Roger no le importó. Tenía algo entre manos que en aquellos instantes le parecía mucho más trascendental.

Solo ya en el apartamento no cesaba de preguntarse:

—¿Cómo quitar de en medio a Eugenio?

La especialidad de Roger en cuestión de asesinatos era la brutalidad. Quizá el mismo ímpetu de su juventud le daba la idea de que todo refinamiento a la hora de «quitar de la circulación» a un semejante, era más propio de mujeres. Para un hombre, la violencia.

Roger era especialista en planear golpes a hachazos, apalear a sus víctimas, golpearlas, sin descartar el estrangulamiento, ni la muerte por caídas desde altos edificios, luego —en sus guiones claro — preparar una buena coartada.

—¿Cuál es la muerte que conviene más a Eugenio?

Mientras se desnudaba para meterse en cama, Myrna, la prometida de Joe, también pensaba en Eugenio.

Quizá en el fondo ella no deseaba la muerte ni del tirano ni de nadie. Odiaba la violencia, pero temía que ésta se produjera y que Joe tuviera una activa participación en ella.

Sí. Myrna, más que nada temía a las consecuencias. Ella amaba a Joe y no deseaba que él se perdiera.

—¿Qué podría hacer para que Joe olvidara a Eugenio Santillo? —Se repetía, mientras se enfundaba su cortito y transparente camisón, que posiblemente habría hecho olvidar a su prometido toda espíritu vengativo...

Myrna tampoco durmió aquella noche.

CAPÍTULO V

Los cuatro se hallaban reunidos en el bar del estudio. Ocupaban su sitio habitual.

Eran los tres guionistas y Joe.

Sam acababa de servirles otras tantas cervezas. Los hombres apenas habían despegado los labios desde que momentos antes se reunieron sin previa cita.

Habían acudido allí espontáneamente, sin acuerdo concertado. Todos llevaban en su interior un pensamiento que no se atrevían a exteriorizar.

Permanecían silenciosos, tratando de no dejar traslucir sus respectivos estados de ánimo.

Era el día que seguía a la desvelada noche anterior.

Sam les observaba desde el otro lado del mostrador, mientras fregaba rítmica y monótonamente unos vasos.

Joe daba vueltas a su vaso de cerveza.

Richard Connaly carraspeó y todas las miradas convergieron hacia él. Pensaban que iba a decir algo, pero Richard guardó silencio.

Era como si nadie se atreviese a dar el primer paso.

Fue Joe el encendiendo un pitillo comentó:

—¿Cuándo lo hacemos? —Lo dijo sin mirar a nadie. Su pregunta era casi un monólogo.

Tres pares de ojos se clavaron en él.

Joe guardó su mechero y sorbió un trago del vaso de cerveza que tenía ante sí.

Roger fue el primero en replicar.

—Anoche estuve pensando...

—Es curioso —sonrió tímidamente Richard Connaly—. Yo también pensé bastante.

Se hizo un silencio y todos volviéronse hacia Jack Rivers. Era el

único que no había despegado los labios.

Al fin, forzado por las circunstancias admitió:

—Yo también pensé.

Otro silencio.

Todos adivinaban —o creían adivinar— que estaban ablando del mismo asunto.

Nadie había nombrado a Eugenio. Nadie había hecho alusión directa a Eugenio, pero todos pensaban en él. Todos sabían o intuían al menos a lo que se había referido Joe cuando preguntó simplemente: «¿Cuándo lo hacemos?».

Aquella tensión impuesta por ellos mismos al preguntarse quién de todos sería el primero en hablar, quedó cortada por el mismo Joe.

—No nos andemos con disimulos. Todos estamos deseando lo mismo —dijo el *cameraman*.

Se miraron de nuevo unos a otros.

Roger Heston, el más joven, sonrió.

—Por mí parte, estoy dispuesto a colaborar.

—De acuerdo —se limitó a replicar el veterano Jack.

—Anoche estuve pensando en algunos de los nuevos venenos —corroboró Richard y añadió mirando a su compañero Jack—. ¿Tú eres un gran especialista, verdad?

—Yo también tomé ciertos apuntes al respecto —replicó el aludido.

Roger se mostró más incisivo.

—A ése le retuerzo el pescuezo yo mismo. Por una vez no seré yo quien prepare la coartada. Pensad algo los demás.

—En este asunto debemos colaborar todos —adujo Richard Connaly.

—De acuerdo —comentó Joe—. No me dejéis de lado. Yo también quiero acabar de una maldita vez con...

—¡Chist! —exclamó llevándose un dedo en la boca, Jack—. Conviene no citar nombres ni perder los estribos.

—Jack tiene razón —admitió Richard—. Tenemos que planear algo que no implique riesgo alguno.

Roger sonrió amargamente.

—Somos cuatro. Podemos urdir una buena coartada.

—Esto está hecho —contestó Connaly—. No es difícil. En caso

de tener que declarar cada uno puede ser encubridor del otro.

—Da gusto de tratar con gentes como ustedes —sonrió Joe.

—Sólo falta un detalle —adujo Jack Rivers, el veterano.

Empleó un tono grave, sombrío.

Todas las miradas convergieron en él.

—Alguien tiene que ser... «el autor material del hecho».

Un silencio sepulcral invadió el recinto del bar.

—¿Qué habéis estado haciendo tanto rato en el bar? —preguntó Myrna a la hora del almuerzo.

Joe parecía sentirse más optimista que últimamente.

—¡Oh! Hemos charlado de cosas... —replicó ambiguamente mientras despachaba un buen filete.

—¿Cosas? —preguntó Myrna con suspicacia.

—No seas curiosa, querida. Ellos y yo somos buenos amigos.

—¿Te refieres al trío de guionistas?

—Exactamente.

Myrna tuvo una sospecha horrible, pero el rostro tranquilo y sonriente de Joe le impidió profundizar sobre aquel tema.

Aquella tarde, los dos entraron en un cine, el título de la película era todo un presagio:

«MUERTE POR SORPRESA»

En letras pequeñas figuraba el nombre del autor del guion. Alguien a quien apenas nadie da importancia y sin embargo es quien, en realidad, puede atribuirse totalmente la paternidad del argumento.

El guionista de marras era *Roger Heston*.

También Roger estaba mucho más animado aquella noche, pero recibió la desagradable sorpresa de verse repudiado por Linda.

—Lo siento, Roger. Después de lo de anoche, he decidido elegir mejor a mis amistades.

Roger frunció el entrecejo.

—Anoche tenía problemas y tú no podías resolverlos.

—Yo también tengo problemas a veces...

—Vamos, Linda, no hagamos un castillo con un grano de arena.

Mi casa siempre te ha gustado.

—No está mal.

Roger se acercó insinuante, mientras ella pugnaba por abrochar su cremallera.

La escena tenía lugar en la casa de modas donde ella pasaba temporalmente unos insinuantes modelos de camisones, combinaciones y otras prendas de las llamadas «íntimas».

En aquellos momentos había concluido su trabajo.

—Ayúdame. ¿Quieres?

Roger tiró la cremallera hacia arriba.

—¿Qué dices? —preguntó refiriéndose a su invitación.

—¿De veras no surgirán problemas a última hora?

—Te aseguro que desde este momento todos mis minutos van a pertenecerte por entero.

—Esto ya está mejor —acabó aceptando ella.

Poco después los dos salían a la calle y se dirigían al moderno descapotable del joven guionista.

Bajo el potente foco de su portátil, Jack Rivers, el especialista en describir crímenes por envenenamiento, estaba realizando unas complicadas operaciones aritméticas.

En aquellos momentos, más que un escritor, semejava un químico.

Con varios libros abiertos por diferentes páginas, sobre la mesa iba copiando algunas fórmulas.

Estaba planeando un envenenamiento. Un envenenamiento en serio.

Richard Connally escribía a máquina, mientras de vez en cuando bebía a pequeños sorbos uno de sus combinados predilectos.

Lo que escribía semejava un guion y así le habría parecido a cualquiera que le hubiese sorprendido.

Sólo él sabía que los apuntes que estaba tomando eran para cometer un crimen real.

Eran casi las ocho, cuando después de tomar varios aperitivos, Roger Heston regresó a su apartamento acompañado de Linda, el monumento hecho mujer.

Iban bastante animados y lo demostraron con un mutuo beso

después de haber cruzado el umbral de la puerta del paraíso del amor. (Léase apartamento de Roger).

—Has cambiado de marca de pintalabios —sonrió Roger.

—¿Qué sabor le notas? —sonrió picarescamente la modelo.

Tras una ligera vacilación, Roger replicó pensativo:

—A fresa...

—¿Te gusta la fresa?

—Me chifla —replicó él acercando nuevamente sus labios a los de la joven.

Mientras él preparaba el enésimo «Martini», la joven se desplomaba indolente sobre el cómodo sofá.

—Lo bueno de ti, Roger, es que sabes rodearte de toda clase de comodidades. Debe producirte mucho escribir para el cine.

—No puedo decir que últimamente las cosas me vayan muy bien. Tengo por jefe a un tirano.

—¿Por qué no le asesinas? —sonrió ella amorosamente apasionada, mientras él regresaba con el vaso del mejunje que acababa de preparar.

—¡Qué ideas se te ocurren! —sonrió él tras un leve carraspeo.

Luego, dejando su vaso sobre la mesita adjunta, se inclinó sobre ella buscando nuevamente sus labios.

El teléfono lo interrumpió en aquellos instantes.

Visiblemente malhumorado, Roger tomó el auricular:

—¿Quién es?

Al otro lado del hilo replicó la voz de Jack Rivers:

—Ya lo tengo. Mañana hablaremos del asunto.

—¿Te refieres a...? —empezó Roger sin terminar la frase.

Se refería a la forma en que Eugenio debía morir.

Jack replicó al otro lado:

—Sí. Es algo sensacional. Tiene relación directa con el corazón.

Roger sonrió.

—Nuestro hombre padece del corazón. ¿No es eso?

—Exactamente, Roger.

Éste colgó el teléfono con una iluminada expresión.

—¿Buenas noticias, querido? —preguntó ella sonriente.

—Sí. Es como si acabaran de aprobarme un guion. Siento casi la misma sensación.

Se acercó nuevamente hacia ella, que le estaba ofreciendo de

modo insinuante sus carnosos labios.

El volvió a reclinarse, pero antes de conseguir rozar a la joven, sonó nuevamente el teléfono.

—¿Quién es? —preguntó de mala gana Roger.

Aquella vez fue la voz de Joe la que contestó:

—Se larga...

—¿Eh? —inquirió Roger.

—Que Eugenio se larga en cuanto termine la película. Myrna ha oído cómo lo comentaban en los estudios.

—La película está terminando ya —admitió el propietario del apartamento.

—Dentro de un par de días quedará lista. Esto significa que tenemos que acelerar nuestros planes.

—Bueno... Mañana nos reuniremos —replicó Roger—. Acabo de hablar con Jack. Parece que hay buenas noticias.

—Yo también le he llamado, pero debía de haber salido, porque nadie contestó. Ahora lo importante es que todo quede solucionado para el próximo fin de semana.

Cuando Roger colgó estaba menos alegre.

Si había que anticipar las cosas, era necesario ponerse a pensar de un modo firme, sin pausa.

Sí. Mientras todo era un proyecto la cosa resultaba casi fascinante, pero desde aquel instante tomaba aires de urgencia.

Eugenio se largaba el próximo fin de semana, posiblemente para pasar unas cortas vacaciones, por lo tanto era cuestión de entregarse por completo al asunto.

Linda, reclinada en el cómodo sofá, seguía representando una invitación al amor.

Aquellos veinte centímetros de pierna que mostraba, por encima de sus rodillas, como un obsequio a las miradas ajenas, resultaban todo un espectáculo.

Pero... no para Roger, quien nuevamente sentía la necesidad de postergar sus ansias de amor por lo que seguía considerando más trascendente: asesinar a Eugenio.

—Esta vez no hace falta que jures que han sido malas noticias —sonrió la bella.

—No... No malas del todo, pero me tendrán ocupado durante unas horas.

—Bueno, cariño. Olvida ahora esas horas. ¿Quieres?

Ella le invitaba a su lado. Roger iba a acercarse, pero no pudo. Su pensamiento empezó a trabajar en otras latitudes.

—Lo siento, Linda. Yo...

—No me digas que ya no significo nada para ti.

—Claro que significas, Linda —admitió él buscando la excusa más apropiada—. Pero...

Linda se levantó hecha una furia.

—Comprendo. Ha surgido algo más interesante. ¿No es esto?

—No, no. Pero es que...

—¡Vamos! Di de una vez que hoy no deseas estar conmigo...

—Linda... cuando termine esto... Quiero decir que... Bueno... La próxima semana las cosas habrán cambiado.

—¡Yo también habré cambiado, Roger! Olvídame. Adiós.

Con paso firme y seguro fue hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

Al cruzar, algún adorno del vestido debió engancharse con el pomo de esa puerta y, dada la velocidad que ella imprimía a su salida, dejó parte del vestido allí.

El desgarró producido dejaba al descubierto su fina y transparente combinación.

Roger la miró un momento, mientras ella, sin inmutarse, continuaba hacia la salida.

—¡Linda! —llamó.

La respuesta fue un portazo.

¡Cuántos sacrificios había que hacer para convertirse en un asesino!

Dejar escapar a una mujer como aquella...

CAPÍTULO VI

Faltaban tres días para el viernes.

Salió a reunión diaria.

El primer día se discutió sobre el procedimiento. No hubo objeción de ninguna clase.

—Emplearemos el veneno de Jack —sentenció Richard Connally—. Lo más probable es que su muerte se considere como natural.

Luego venía el asunto de la fecha.

—Habrà que hacerlo el viernes —concretó Roger.

—¡Un momento! ¿Dónde pensáis que ha de introducirse ese veneno? —preguntó Joe.

—En la leche —replicó tajante Roger—. Es lo natural.

Jack negó.

Hablaban sin levantar la voz, para que su conversación no pudiese ser escuchada por los clientes del estudio que esporádicamente entraban en el bar o por el propio Sam —el barman— que algunas veces quedaba mirándoles con una expresión de curiosidad. Curiosidad, sin duda, normal, ya que tratándose de guionistas su conversación siempre podía resultar interesante, sobre todo si hablaban de posibles ideas. Pero como la idea general del cuarteto no se refería precisamente a nada que tuviera que ver con la fantasía, sino, por el contrario, a la más absoluta realidad, naturalmente procuraban que nadie pudiese «coger» ni siquiera una palabra suelta.

—Nuestro hombre no bebe leche —siguió Jack—. Esto lo sé con absoluta certeza.

—Entonces, será más difícil —replicó Roger.

—Conozco alguna de sus costumbres. Me las contó en los tiempos en que todavía tenía algo de humano —explicó Jack.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Richard.

Jack sonrió.

—El genio bebe. En pequeñas dosis, pero bebe.

—¡No me digas! —bromeó Roger.

Jack siguió.

—Una copita todas las noches después de la cena.

—¿*Whisky*? —inquirió Richard.

Jack asintió:

—Sí. Habrá que averiguar la marca, que compra y entonces nos procuraremos una botella de la misma clase. Veréis...

—Yo me encargaré de averiguar esta marca —aseguró Joe.

—Está bien. Sigamos con el plan —continuó Jack—. Uno de nosotros introducirá el veneno en la botella. Es muy eficaz. Y de efectos inmediatos. Inmediatamente que se conozca la noticia de su muerte, otro de nosotros, con el pretexto de ir a verle, sustituirá la botella del veneno por la otra, de modo que quede la misma cantidad de líquido que la otra.

—Un momento —interrumpió Joe—. ¿Por qué no cambiarla antes?

Jack se lo explicó:

—No creo que nadie sospeche de que Eugenio haya sido envenenado, pero por si ello ocurriese, hay que preverlo todo. Y por tanto, hay que deshacerse de la botella donde antes se haya mezclado el veneno.

Joe pensó un momento y siguió poniendo pegas:

—No quisiera ser un agorero, pero...

Jack sonrió.

—Adelante, Joe. Precisamente lo que deseo es que me pongáis todas las pegas posibles. Éste ha de ser un guion perfecto, sin fallos, y cuatro cabezas piensan mejor que una sola.

—De acuerdo en que haya que cambiar la botella, pero ¿por qué no hacerlo la misma noche? —preguntó Joe.

—Ya lo pensé —admitió Jack—. Pero ello equivaldría a que el «encargado» tuviera que permanecer algún tiempo en la casa y lo que importa es la rapidez, y, sobre todo, «no hallarse allí» en el momento en que ingenio «estire la pata».

—De acuerdo. El veneno puede colocarse antes —comentó Joe—. ¿Y la coartada?

Jack miró a los demás.

—Yo he pensado en el arma. El resto corre a cargo de los demás.

—Yo cuidaré de eso —prometió Richard.

Al día siguiente se reunieron nuevamente. Richard tenía listo su plan.

Todos estuvieron pendientes de la versión que había ideado.

—Hay un motel a unos cien kilómetros por la carretera que va a la costa. Una serie de coquetones *bungalows*, rodeados de parque, campo de golf, restaurante, etcétera.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Nadie encontrará extraño que tres guionistas vayan a pasar el fin de semana allí para coger alguna inspiración pensando en el nuevo guion.

Joe interrumpió:

—¿Y yo qué papel voy a representar?

—Una discusión con la novia. Una tontería de nada, pero que ha conseguido ponerte de mal humor. Esto es suficiente para que justifique tu marcha.

Joe vaciló.

—No sé... Un poco pueril...

—No —cortó Richard—. La disputa será en algún sitio público. Aquí mismo, por ejemplo. Los viernes suele haber gente. Que haya mucha, y que puedan testificar, es lo importante. Luego, lo lógico es que hables con tus compañeros. O sea, nosotros. Para consolarte te aconsejamos que vengas a nuestro motel. Y todo queda plenamente justificado.

—Lo siento por Myrna, pero todo sea por el éxito —aceptó Joe.

Roger intervino:

—Por mí no hay nada que objetar.

Richard agregó:

—Cien kilómetros no es una gran distancia. El encargado de «hacerlo» marchará directamente a casa de Eugenio y luego se reunirá con los demás. Todos diremos que hemos permanecido juntos durante todo el tiempo.

—Eso en el supuesto de que la policía haga preguntas —adujo Jack.

—Claro. Pero no las hará.

—Queda un pequeño detalle —dijo Joe.

—¿Un detalle?

—Sí. ¿Quién va a encargarse?

—Habrá que echarlo a suertes —replicó Roger—. A menos que hayáis pensado en mí. Hasta este momento no he intervenido en absoluto en el asunto.

—Es más justo que lo hagamos a suertes —dijo Jack—. Tú puedes encargarte del modo con que habremos de emplear esa suerte. Busca un método ingenioso. Nada de una moneda al aire.

—Voy a hacer papilla mis sesos para buscar la solución más idónea —prometió Roger.

Richard, mirando a Joe, agregó:

—Procura enterarte de la marca de *whisky* que usa el genio.

Joe prometió hacerlo.

CAPÍTULO VII

Joe hizo un estudio previo del edificio de apartamentos.

Justo en el séptimo, con una amplia terraza que daba a la calle, vivía Eugenio Santillo.

Dio un rodeo a la casa en busca de un lugar donde colarse.

No existía escalera de incendios alguna y la entrada de servicio comunicaba con el garaje y Joe pudo comprobar que había un vigilante permanente.

Justo al edificio había otro aproximadamente de la misma altura. Unos once pisos en total.

Por allí era más fácil entrar.

Iba a hacerlo por la puerta de servicio, cuando alguien le llamó. Sintió un escalofrío al reconocer la voz:

—¡Joe!

Se volvió en redondo.

De un taxi acababa de apearse Myrna.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él, visiblemente contrariado por la inesperada presencia de su novia.

—Santillo me ha mandado a buscar una carpeta que se le ha olvidado.

—¿No puede hacerlo su secretaria?

—Bueno. Me lo ha dicho a mí. No hay nada malo.

—¿Y te ha dado la llave del piso?

Ella asintió.

—¡Qué confiado! Yo creí que tipos como él cerraban la casa con siete candados.

—No debe de tener nada de valor —sonrió ella.

Joe tuvo una repentina idea.

—Subiré contigo.

—Oh, no. Si alguien nos ve.

—¿Qué pasa? Eres mi novia. Me has encontrado por casualidad

y te acompaño. Te acompaño porque no me fío de Santillo. ¿Quién puede objetar nada?

—A él no le gustaría, probablemente.

—Al diablo Eugenio.

Myrna se encogió de hombros.

—A propósito. ¿Y tú? ¿Qué estabas haciendo aquí?

Joe dudó un momento:

—Bueno. Paseaba. Ni siquiera me fijé que estaba precisamente en la calle del tirano.

Myrna no pareció extrañarse.

Poco después, ambos subían por el ascensor automático.

Al llegar a la séptima planta caminaron por el largo amplio pasillo marcado con la letra B.

Se detuvieron en el número cuatro.

Ella introdujo la llave y enseguida quedó franca la puerta que comunicaba con el lujoso *hall-living*. Era una pieza amueblada con gusto.

—Dijo que tenía el despacho en la primera puerta —comentó Myrna.

Fue hacia el lugar indicado y empujó la puerta. Efectivamente, allí había un despacho, con una pintura mural de fondo. Todo estaba en orden. A Eugenio debía gustarle tenerlo así.

Joe echó un vistazo, pero no entró. Su objetivo era averiguar dónde estaba el bar para examinar la clase de *whisky* que bebía el propietario del piso.

Había un mueble al fondo, en un rincón.

Comprobó que su novia estaba todavía en el despacho buscando la carpeta y se adelantó para abrir la puerta del mueble.

Aquello estaba vacío.

—¿Qué buscas? —preguntó ella saliendo del despacho. Joe volvióse en redondo.

—Curioseaba.

—Anda, vamos. Tengo que volver. Ya he cogido la carpeta. —Y mostró la que llevaba en sus manos.

—No tengas prisa. Me gusta comprobar cómo vive un genio.

Ella sonrió.

—Luego decís que las mujeres somos curiosas.

«¿Dónde estará la maldita botella?», se preguntaba Joe, mientras

abría otra puerta.

Era la cocina. Estaba impecable. Probablemente, nadie había cocinado allí.

Comunicaba con otra puerta que daba a un corto paso donde se habrían otro par de puertas.

Pertenecían al servicio. Aunque Eugenio no lo tenía. Una era un dormitorio y la otra un cuarto de aseo.

Buscó en los armarios de la cocina, pero no encontró nada.

—¡Vamos ya! —exclamó ella.

—No seas pesada.

—Tú eres el pesado. ¿Qué diablos te importa todo esto?

Joe regresó al *living* sin replicar.

Dio otro vistazo y entonces vio que había otro mueble en forma de armario.

Lo abrió.

Nada. Nada de lo que buscaba.

—Vamos ya, Joe. No tiene objeto permanecer aquí. Joe se acercó a la muchacha.

—¿Tú no eres curiosa? —sonrió.

—No me interesa nada de aquí. Es un apartamento lujoso. Ya sé que nunca tendremos nada igual, pero tampoco he soñado nunca en tenerlo.

Joe la rodeó con sus brazos.

—¿Por qué no podemos tener tú y yo nada parecido?

—Joe...

El inclinó su cabeza y la besó.

—Oh, Joe... No seas impulsivo.

—Quizá no tengamos un apartamento como éste, pero seremos felices.

Ella sonrió.

—Sí, Joe. Yo lo soy. Sobre todo cuando te veo así...

El volvió a besarla.

—¿Te gustan los mimos, eh?

—Me gusta saber que me quieres.

—Yo no te quiero... Te adoro.

—Tanto. Anda, vamos.

Él la soltó. Había un rictus de contrariedad en su mirada. ¿Dónde diablos estaría la maldita botella?

Quedó un momento pensativo en el centro de la estancia. Myrna estaba ya en la puerta.

—¡Joe! —gritó con impaciencia.

—Espera.

Había otra puerta. Indudablemente, la del dormitorio. Aquél no era sitio de guardar una botella de *whisky*, pero había que agotar todas las posibilidades.

Se dirigió hacia allí y empujó la puerta.

—¿Puede saberse que estás haciendo? —preguntó ella.

Joe estaba quieto en el umbral. Al fondo, junto a la cama, una amplia y con aspecto de bien mullida cama, sobre la mesilla había una botella y un vaso.

¡Una botella de *whisky*!

Era de una marca hartó conocida.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, al propio tiempo que Myrna regresaba para buscarle.

—¡Oh, Joe! Santillo, se pondrá hecho una furia si tardo más de lo normal.

El seguía mirando la botella.

—¿Qué miras?

Ella confundió la sonrisa. A simple vista, Joe parecía que estaba mirando la cama.

—¡Joe! ¿Qué pensamientos te pasan por la mente?

El rió más divertido todavía.

—Nada, querida, nada. ¡Vámonos ya!

CAPÍTULO VIII

Le tocaba el turno a Roger.

La escena tenía lugar por la mañana del viernes en el mismo bar del estudio.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Jack.

—Todo es cuestión de escribir cuatro papeles. Dos de ellos contendrán la palabra NADA.

—¿Y los otros dos? —preguntó Joe.

Roger sonrió.

—Uno dirá, simplemente, VENENO, y el otro, BOTELLA. Quien coja el primero de ellos será el encargado de introducir el veneno en la botella de *whisky* del genio. El otro, el que le caiga en suerte el papel con la palabra BOTELLA, será el encargado de sustituir la botella al día siguiente.

—No está mal —admitió Richard.

—No he terminado todavía. Esto de por sí no tendría el menor ingenio sin lo que sigue.

Todos aguardaron a que Roger siguiera con su aportación al plan general.

—Ninguno de nosotros —prosiguió Roger— sabrá la anotación que le ha tocado en suerte a su compañero y nadie dirá cuál va a ser su misión. ¿Comprendido?

Todos se miraron.

Roger sonrió.

—Nadie debe saber quién es el encargado de introducir el veneno. Ni de cambiar la botella. Esto, en parte, puede ser un factor psicológico a favor de todos.

—No es mala idea —admitió Jack.

—Claro que no es mala idea. Empleando términos crudos, los cuatro somos asesinos por un igual. Tenemos nuestra parte de culpa, puesto que todos hemos estado de acuerdo en suprimir a una

persona.

—¡A una bestia! —exclamó Joe.

—Bueno. Ahórrate los exabruptos, Joe. Pronto no será más que un cadáver.

Richard intervino:

—Yo también considero buena la idea. Pero... ¿qué harán los demás mientras tanto?

Roger siguió:

—El veneno debe de ser introducido en la botella esta tarde. Pongamos entre la una y las cinco. A las seis nos reunimos todos aquí. Nadie sabrá de dónde viene el otro.

—A las seis me he citado con Myrna para la discusión —dijo Joe.

—Estupendo. A esa hora esto estará bastante lleno. Aquí mismo anunciaremos nuestro propósito de ir a pasar el fin de semana al motel de la carretera.

—Y Joe se agregará a nosotros después de la discusión —puntualizó Richard.

Se hizo un silencio. Ya no quedaba nada más que añadir...

Sí. Quedaba algo. Al menos a Joe se le ocurrió. Se había constituido en el encargado de buscarle los tres pies al gato. En aquel asunto era importante ver todos los inconvenientes.

—Al que le toque cambiar la botella sí que podemos conocerlo. Tendremos que enterarnos a la fuerza.

—Desde luego —admitió Roger—. Pero carece de importancia, ya que no nos enteraremos de la muerte del genio hasta que lo leamos en los periódicos. Por lo tanto, si estamos en el motel regresaremos todos y, si estamos de regreso, también resultará natural que vayamos a su apartamento. El que cada uno sepa quién lleva la botella es indiferente.

Jack adujo:

—En todo caso sabremos que el encargado de efectuar el cambio no fue quien introdujo el veneno.

—Con lo cual los sospechosos quedaremos reducidos a dos —dijo Richard—. Cada uno sabrá la suerte que le ha correspondido a sí mismo y la del encargado del cambio, por lo tanto, el, digamos, asesino material, sólo podrá ser uno de los otros dos.

—Exacto —replicó Roger—. Pero eso, amigos, carece de

importancia, porque de hecho habremos colaborado todos.

Esta vez sí que no hubo nada que añadir.

Alguien pidió:

—¡Cuatro *whiskies*, Sam!

Era como una especie de celebración por haber ultimado definitivamente el plan.

Eugenio, el repelente Eugenio, ya era un cadáver en la mente de aquellos cuatro hombres.

Sólo faltaban algunos pequeños detalles.

Como por ejemplo la discusión que Joe tendría que provocar aquella tarde con Myrna para fingir un enfado que le permitiera alejarse el fin de semana con una excusa plausible.

Otro pequeño detalle era el de echar a suertes quién tenía que verter el veneno en la botella de *whisky* que Eugenio Santillo guardaba en su dormitorio.

Bebieron el *whisky* en silencio y Jack se levantó para tomar su sombrero, que colgaba de una percha cercana adosada a la pared.

Lo depositó sobre la mesa.

Roger tomó una servilleta de papel e hizo dos pedazos iguales, cortándola por la mitad. Tomó otra y practicó la misma operación.

Seguidamente sacó un bolígrafo y anotó, a la vista de todos, una palabra en cada uno de los cuatro trozos.

NADA, NADA, VENENO, BOTELLA.

Dobló los papeles e hizo otras tantas bolitas con ellos. Inmediatamente los puso en el interior del sombrero.

Richard agitó para que las bolitas se mezclaran. Luego dejó otra vez el sombrero sobre la mesa.

Nadie hizo el menor gesto de tomar la bolita.

Se miraron los cuatro en silencio y Roger indicó:

—Falta un detalle. Puesto que nadie debe conocer al autor material. Es mejor que sepamos dónde está el veneno.

Jack era el encargado de dar la solución.

—Eso no tiene problema. Tengo bastante cantidad de los polvos que hay que utilizar. Guardaremos una porción cada uno. Lo único que aconsejo es que los que no tengan que usarlo se deshagan del contenido inmediatamente.

—Está bien comentó Joe. —Ahora hagamos ese sorteo de una vez. Luego pasaremos por tu casa.

—De acuerdo. Hagamos el sorteo y luego repartiré las cuatro porciones de veneno. Con cada una de ellas se podrían quitar de la circulación a un centenar de personas.

De nuevo reinó el silencio mientras las cuatro bolitas de papel seguían dentro del sombrero.

Joe, impaciente, fue el primero en elegir una.

Jack le siguió.

El tercero fue Richard Connaly y, por último, lo hizo Roger Heston.

Como si estuvieran jugando al póker, cada uno procuró no dejar ver sus cartas.

Desdoblaron cuidadosamente los papeles.

En menos de un minuto cada uno sabía qué misión había correspondido. O, dicho de otro modo, uno de ellos estaba enterado de que le había correspondido el trabajito.

Ninguno hizo el menor gesto. Guardaron sus papeles y alguien volvió a pedir:

—Otros cuatro *whiskies*.

En el bolsillo de una de las cuatro chaquetas había un arrugado papel donde podía leerse la palabra: VENENO.

¿A qué persona pertenecía aquel bolsillo?

CAPÍTULO IX

—¿Qué has estado haciendo tanto tiempo? Llevo esperándote desde hace más de media hora —dijo de mal talante Joe.

Era su parte en la comedia. Había llegado el momento de provocar un enfado con Myrna.

En realidad no le fue difícil buscar una excusa porque Myrna, sino media hora, por lo menos llegó quince minutos tarde.

Lo que ocurrió es que la joven, en vez de enojarse por el tono dictatorial de Joe, replicó con una sonrisa y una excusa. Evidentemente, no tenía el menor deseo de enfadarse.

—Lo siento, me he entretenido.

—Sabías que te estaba esperando.

—Sí, Joe... Pero ya sabes lo que son estas cosas.

—Apuesto a que habrá sido el genio...

—Bueno... La verdad es que la película no quedó lista hasta anoche y él se empeñó...

—Al diablo el maldito genio. No tiene ningún derecho a retenerte, ni tú a consentírselo. ¿O acaso estás de su parte?

—Joe. No es necesario gritar de ese modo.

El bar estaba lleno, incluyendo a los tres guionistas que habían llegado puntualmente y por separado las seis.

Joe lo había hecho a la misma hora.

Tres de ellos, por lo menos, tuvieron tiempo sobrado de pasear tranquilamente, leer, incluso ir a un cinematógrafo, mientras uno cuidaba de introducirse en un piso de Eugenio Santillo y meter el veneno en la botella.

—Grito porque ya estoy harto de que sigas obedeciendo las órdenes de un tipo como ése —gritaba Joe como un energúmeno.

—Estás excitado, querido.

Eugenio entró en aquellos momentos y enseguida se interesó vivamente por lo que ocurría.

—En adelante, daré órdenes para que no le sea permitida la entrada, Joe. Usted ya no pertenece a estos estudios.

—Muy bien, genio. Aquí tengo amigos, hágalo y sabrá quién soy yo.

—¿Me amenaza?

Joe volvió la mirada a sus tres compinches.

Cada uno parecía indicarle: «¡Maldita sea! ¡No te metas con él! Es con tu novia con quien tienes que enfadarte. Lo contrario puede infundir sospechas cuando Eugenio deje de pertenecer al mundo de los vivos».

Joe lo comprendió. Y rectificó. Rectificó de una forma bien peregrina:

—No. Yo no amenazo a largo plazo. Hace tiempo que siento deseos de hacer algo y voy a hacerlo ahora.

Acto seguido se abalanzó contra el productor blandiendo el puño derecho.

Pero antes de que éste llegara al rostro de su enemigo, Eugenio, con increíble agilidad, hizo una finta esquivando el golpe, al tiempo que con hábil destreza tomaba el brazo de Joe y, retorciéndolo en una perfecta llave de judo hacía proferir un grito a su atacante.

Joe se vio volteado y sus costillas dieron contra el duro suelo.

Quedó estupefacto.

—Lárguese, Joe —ordenó Eugenio.

Joe se incorporó con los ojos brillantes.

—Le ha salido muy bien, ¿eh? ¡Repítalo!

Joe iba a descargar un segundo puñetazo, pero ocurrió exactamente lo mismo que la vez anterior.

—¡Aaaah!

A su exclamación siguió el estrépito provocado por su caída.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes.

El —Joe— un hombre alto, con buena musculatura, batido por un tipo patizambo, que a simple vista no tenía nada de corpulento.

—¿No tiene bastante? —preguntó sonriendo, consciente de su superioridad el genio.

—¡No! —bramó Joe puesto nuevamente en pie.

Aquella vez no golpeó directamente. Es decir, se limitó a hacer la intención de avanzar el puño.

Eugenio iba a coger nuevamente su brazo, pero Joe lo retiró, y

al mismo tiempo lanzó su izquierda despedida contra el abdomen de su rival.

Lo inesperado de la actitud de Joe cogió por sorpresa a Eugenio, que encajó el golpe justo en el lugar que iba dirigido.

Lanzó un grito de dolor.

—¡Aaaaug!

Al mismo tiempo llevóse las manos al estómago inclinándose ligeramente hacia delante. Ése fue otro error, porque Joe, que ya esperaba esa posición, descargó a placer su diestra contra el mentón y Eugenio salió despedido como un pelele hacia atrás después de haber sido materialmente levantado del suelo.

Con otro aullido y, tras tropezar con una mesa, cayó como un fardo.

Sacudió la cabeza un par de veces y trató de tomar, asiento.

Alguien trató de ayudarle.

—Déjale —ordenó Joe.

Como el aludido no le hiciera caso, levantó la voz y repitió:

—Te he dicho que le dejes. Un genio no necesita ayuda de nadie.

Lentamente, Eugenio consiguió levantarse y sentarse en una silla. No presentó la menor batalla. Se daba por vencido.

—Un poco de agua —musitó dirigiéndose al *barman*.

Al mismo tiempo buscaba una cajita de grageas.

—Joe escupió:

—Yo no dejo cuentas pendientes. Le he dado menos de lo que se merece. Pero ya estoy más tranquilo, ahora ya puede ordenar lo que quiera.

Hizo intención de salir del bar. Myrna le llamó:

—¡Joe!

—Déjame tú también. Eres la culpable de esto, por hacerle caso.

—Joe. No tienes derecho...

—Déjame, Myrna...

—Está bien. Como quieras.

Myrna salió del local con los ojos relucientes. Se sentía humillada. Y no le faltaba la razón.

Joe la miró un momento. Le dolía en el alma aquella actitud que había tomado por imperativos del plan trazado... Pero no había más remedio que seguir adelante.

Miró a sus compañeros y, lentamente, se dirigió hacia su mesa.

—Trae una botella, Sam. La necesito.

El barman se apresuró a cumplir la orden, mientras Eugenio, jadeante, se alejaba del bar en silencio.

Cuando los cuatro hombres quedaron frente a la botella y los demás concurrentes al bar hubieron olvidado el incidente y dejaron de mirar a Joe, éste comentó:

—Supongo que todo debe de estar a punto. ¿Cuándo nos largamos?

—Esta misma noche —dijo Roger.

Cuando salieron del bar no estaban borrachos, pero fingían lo contrario.

Joe gritó para que todos pudieran oírle:

—Acepto vuestra invitación. Iré a pasar el fin de semana con vosotros en ese motel... ¡Al diablo las chicas fijas! ¡Quiero divertirme!

Alguien comentó:

—Vaya «melo pea» que han pillado.

Pero todos estaban serenos, perfectamente serenos.

CAPÍTULO X

Lorna no era una mujer esencialmente atractiva. Digamos más bien que era inteligente.

A Eugenio le gustaban las personas inteligentes, siempre que no intentaran mostrarse superiores a él.

Lorna, que ya había pasado de los treinta y cinco, y seguía soltera, tal vez porque perdió su primera juventud buscando más que un hombre para casarse, su porvenir estable, esperó paciente en el coche.

Su última oportunidad de formar un hogar era Eugenio Santillo. Para el genio, Lorna no era más que una agenda. Un recordatorio de todas sus obligaciones. Quizá nunca la había mirado realmente como una mujer y Lorna, sin ser, como ya hemos dicho, esencialmente atractiva, no estaba nada mal. Por lo menos sabía cuidarse.

La mayoría de las mujeres a esa edad, sobre todo si son solteras y sueñan con dejar de serlo, saben arreglarse bien. Es un arma imprescindible, ¡porque si una empieza a descuidarse...!

Lorna, además de ser una agenda abierta, tenía paciencia. La tenía porque también le convenía. Prácticamente era la única persona en el estudio con quien Eugenio jamás había discutido. Claro que Lorna había demostrado su eficiencia, pero quizá algunas veces —más de una— le habría mandado de buena gana a paseo, pero si aguantaba era porque pensaba que los tipos como Eugenio —soltero— a menudo acaban fijándose en su secretaria. No como mujer, sino como «ayudante». Eso a Lorna no le importaba. Lo principal era que Eugenio la tuviera como algo imprescindible en su trabajo, aunque fuera como un mueble más...

La constancia de Lorna en ser agradable al genio había tenido sus resultados justamente aquella misma noche.

¡La había invitado a cenar!

Seriedad absoluta, por supuesto. Lo último que podía esperarse de un tipo como Eugenio es que galanteara a una mujer.

Pero un hombre a veces se siente solo. Y un hombre que ha terminado una película o que ha terminado una novela, un guion, o algo que le ha costado un esfuerzo físico o mental, siente necesidad de descansar y celebrarlo en compañía de alguien.

Eugenio —poco sociable— eligió a Lorna.

Con Lorna podía hablarle de todo. Ella siempre escuchaba y le daba la razón. Lorna sabía tener el tacto suficiente para replicarle en muy contadas ocasiones y —precisamente— cuando él deseaba que lo hicieran.

Cualquier idea, por descabellada que fuera, y Eugenio tenía muchas ideas descabelladas, recibía siempre el beneplácito de la impasible Lorna.

Su premio era esa cena...

Una cena no es sólo comer —pensaba ella—. Pueden ocurrir muchas cosas. ¿Quién sabe?

Hasta quizá puede uno morir, sobre todo si alguien ha envenenado una botella de *whisky*.

Lorna cruzó las piernas. Eran bonitas, pero, claro está, él no hizo el menor comentario cuando subió nuevamente al coche, después de haberse provisto de cigarrillos.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó ella.

—No ha sido nada —murmuró él.

Lorna se refería a los golpes que Eugenio había recibido, como obsequio de Joe.

—¿Se ha tomado su pastilla? —preguntó solícita la secretaria.

El asintió.

—¿Y las píldoras del corazón?

Eugenio se volvió hacia su compañera de coche:

—Mi querida Lorna. He invitado a usted a mi casa, no para que me sirva de enfermera.

No lo dijo de mal talante. Sonrió incluso un poquito. Claro que en Eugenio las sonrisas parecían muecas y, por otra parte, desconocía el significado de la palabra amable.

—Espero que al menos no me haya invitado para dictarme cartas o guiones.

Eugenio hizo una nueva mueca.

—Como sabe, voy a tomarme unas vacaciones. Pocos días. No puedo descuidar los estudios.

—Ya —comentó ella, que no sabía dónde quería ir a parar su jefe con aquellas palabras.

—Y quiero tratar precisamente de ese viaje.

—¡Ah!

—Me gustaría que viniera conmigo. Usted y yo nos hemos comprendido siempre. Será una satisfacción para mí tener alguien con quien charlar.

—¿Precisa una dama de compañía? —sonrió ella.

—Si usted lo quiere así...

—También me gustaría ir de vacaciones, pero no sé... Ya sabe cómo es la gente.

Se habían detenido frente al edificio de apartamentos donde habitaba Eugenio.

Éste miró a Lorna.

—¿Qué ha dicho usted?

Ella se dio cuenta que había metido la «pata». Lo que menos preocupaba a Eugenio era precisamente el «decir de la gente». Le tenían sin cuidado los comentarios que pudieran hacerse en torno a él. Y despreciaba a las personas que vivían pendientes del «qué dirán».

—Nada... Sólo que una a veces... —Quiso arreglarlo, pero acabó callando. Era mejor.

—¿Teme por su reputación? —preguntó él.

—Soy mayorcita —sonrió ella.

—Pero le importa lo que puedan pensar...

—No, no...

—Usted dijo...

—Me refería al estudio. Hay trabajo. Luego dirán que hago lo que me apetece porque soy su secretaria y eso me molestaría bastante.

—Déjelos que digan lo que se les antoje. Si alguien tiene alguna queja, que hable conmigo —gruñó Eugenio.

Salió del coche sin preocuparse de abrir la puerta a su acompañante. Ella le siguió hasta la entrada.

De allí caminaron hasta el ascensor automático, donde subieron hasta el séptimo piso.

Poco después entraban en el amplio *hall-living* del apartamento señalado con el número cuatro.

—Encargaré la cena en el restaurante de la esquina. ¿Le apetece algo especial?

Lorna negó.

—Bien. Póngase cómoda. Está usted en su casa —replicó Eugenio abriendo la puerta de su dormitorio. Entró y buscó un batín entre la ropa de su armario. Se quitó la chaqueta y enfundóse el corto batín de seda.

Luego miró un momento la botella de *whisky*.

La tomó junto con el vaso.

Salió con ella al *living*, donde Lorna curioseaba.

—¿Necesita algo?

—Miraba si tenía música.

—No. Cuando trabajo no me gusta la música y cuando no trabajo, pienso, y la música me molesta igualmente.

Alguien dijo que una persona a quién no gustara la música demostraba no ser sensible. A Lorna tampoco le importaba demasiado.

Eugenio se sirvió un trago de *whisky*.

—¿Quiere? —invitó a Lorna.

—Sólo bebo «Martini».

—Lo siento. No tengo. El *whisky* es todo lo que tomo. Normalmente, lo hago antes de acostarme, pero hoy es un día especial.

Ella sonrió.

—¿Necesita un trago, eh?

La respuesta del genio fue tan seca y contundente como todas las suyas:

—Yo nunca necesito nada, Lorna. Me apetece, simplemente. Esto es todo.

Miró un momento el transparente líquido, y acercó el vaso a la boca.

Lorna le observaba.

Lentamente, Eugenio sorbió el contenido del vaso.

Luego se acercó al teléfono para encargar la cena.

Dos minutos más tarde se sentó frente a su invitada.

—Ahora quiero contarle algo muy interesante.

—¿De veras?

—Escúcheme durante cinco minutos y no le pesará.

¿Cinco minutos?

¿Le quedaba todo aquel tiempo de vida?

¿Cuándo haría efecto el veneno?

Eugenio comenzó a hablar...

CAPÍTULO XI

—¿Qué hora es?

—Es la tercera vez que lo preguntas. Son las nueve y cuatro minutos exactamente.

La pregunta la había formulado Joe y la respuesta partió de Roger.

Los otros dos —Jack y Richard— se sentaban en torno a la misma mesa donde los cuatro hombres jugaban al póker en uno de los salones del restaurante del motel al que habían llegado una hora antes.

—Tú hablas —dijo Jack, que era el que había dado las cartas.

Richard replicó:

—Estoy servido.

—Yo quiero cuatro cartas —comentó Joe desprendiéndose de otras tantas.

Al hacerlo quedaron al descubierto dos «diez».

—¿Qué es esto? —exclamó Roger—. ¿Te desprendes de una pareja?

Joe se disculpó:

—Perdonad. Me he confundido.

—No prestas la menor atención —replicó Richard.

—Lo siento. Estoy nervioso.

—Tranquilo, Joe —pidió Jack.

—Me gustaría saber noticias.

—¿Noticias sobre qué? —preguntó Richard.

—Pues noticias... Ya sabéis a qué me refiero. ¿No?

Todos le miraron. Jack comentó:

—No sabemos nada, Joe. Y tú tampoco, recuérdalo. Estamos aquí pasando el fin de semana. De cualquier suceso que pueda ocurrir nos enteraremos por los periódicos... de una manera casual. ¿Comprendes?

Joe asintió:

—Sí, sí, claro... Pero entre nosotros...

—Entre nosotros debe reinar la misma idea. No sabemos nada. Es esencial —siguió Jack.

—¿Quieres un *whisky*? —inquirió Roger.

—Sí. Creo que sí.

Joe y Roger se levantaron. El primero volvióse hacia los demás.

—¿De veras no quisierais saber lo que ocurre en el apartamento de Santillo?

Nadie replicó. O aquellos hombres tenían los nervios de acero, o sabían disimular estupendamente su estado de ánimo.

Las horas pasaron lentas, monótonas. Especialmente las de la noche.

Joe no era, sin embargo, el único que no pudo conciliar el sueño.

Roger también se hallaba desvelado. Y lo mismo ocurría a Jack y a Richard.

Cada uno, en su respectivo *bungalow* individual, pasaba la noche en vela.

El pensamiento común era una botella de *whisky*.

Joe fue el primero en levantarse. Eran las ocho de la mañana.

Salió a estirar las piernas y se cruzó con un mozo.

—¿Hay algún sitio donde poder comprar un periódico?

—Dentro de una hora viene el correo y trae varios, señor.

Roger apareció en el *bungalow* contiguo.

—¿Para qué quieres un periódico? Cuando se pasa un fin de semana en un lugar como éste es mejor no enterarse de nada.

El encargado sonrió.

—Hay muchos que piensan igual, señor.

Jack y Richard salieron poco después y se reunieron todos en el comedor para tomar el desayuno.

Nadie tuvo el apetito suficiente para despachar lo que le sirvieron. Joe no probó bocado.

Roger, un par de tostadas. Richard, sorbió el café. Jack fue el que, tal vez haciendo un esfuerzo, comió mayor parte, pero sin terminarlo.

Eran casi las nueve.

—¿Cuándo llegará el maldito periódico? —Gruñó Joe.

Jack se levantó de la mesa.

—Vamos a jugar al golf.

—Pero el periódico... —protestó Joe.

—Lo leeremos a mediodía... ¿De acuerdo?

Nada. Ni una noticia escueta.

Entre los sucesos habidos en la noche anterior en la capital del cine estadounidense, no figuraba la muerte de Eugenio Santillo.

—No habrán descubierto su cadáver todavía —comentó Roger.

—Pero iba a largarse —comentó Joe—. El portero se extrañará de no verle salir.

—Tenía que irse hoy. Por lo tanto, si ha subido a su cuarto y lo ha encontrado muerto, habrá sido esta mañana. No hay tiempo de que los periódicos puedan dar la noticia.

—Quizá en los de la noche —barruntó Joe.

Tampoco hubo noticia por la noche.

La tensión se hizo ostensible. Sobre todo, en Joe.

—¿Qué puede haber ocurrido?

Había leído el periódico que dejó un huésped que llegó a última hora. Roger estaba con él.

Los otros, Richard y Jack, habían ido a dar un paseo.

—Tienes que hacer lo posible para que nadie se dé cuenta de que buscas algo determinado en el periódico. ¿Comprendes? —aconsejó Roger encaminándose hacia el bar.

Joe le seguía.

—Es más fuerte que yo.

—Todos estamos pendientes de lo mismo, Joe. Pero nos dominamos. Éste tiene que ser tu objetivo principal. Dominarte.

—Vamos a tomar un *whisky*. Lo necesito —murmuró Joe.

Se sentaron en los taburetes de la barra.

¿Acaso no había tomado su *whisky* acostumbrado el genio?

¡Estaría bueno que después de tanto trabajo...!

¿Qué habría podido suceder?

Porque evidentemente algo funcionaba mal, ya que según todos los cálculos, Eugenio Santillo debía de ser ya un cadáver.

¿Por qué no decía nada la Prensa?

Los pensamientos de Joe y también de Roger que quedaron

interrumpidos con la llegada de Richard Connaly.

El aspecto del recién llegado no presagiaba nada bueno.

—Acaba de suceder una desgracia.

Roger y Joe saltaron del taburete del bar.

—¿Qué pasa?

—Jack. Ha sufrido una caída. Creo que está grave...

CAPÍTULO XII

—¿Y a quién se le ocurre montar a caballo a esas horas? —preguntó con un bufido el dueño de las cuadras.

El «picadero» estaba a unos cinco kilómetros del hotel. Solían frecuentarlo de modo especial los turistas.

La vasta llanura al otro lado de las rocas era un excelente campo para el aprendizaje de la equitación.

Los antiguos del Oeste no necesitaban de escuelas para ser buenos jinetes, pero desde que el caballo dejó de ser artículo de primera necesidad para los viajes para convertirse en elemento puramente deportivo, las escuelas o «picaderos» representaban negocios de regular importancia.

Jack y Richard, en su paseo, habían llegado hasta aquel «picadero» y Jack no pudo resistir la tentación de querer montar un caballo, pese a lo avanzado de la hora.

La luna llena, la claridad de la noche, ofrecían garantías suficientes de seguridad. Así lo pensó Jack cuando tomó aquel caballo de la cuadra, tras dar una buena propina al mozo, que ahora estaba consternado por la desgracia.

Richard se volvió al dueño del «picadero» para replicar:

—Jack había sido un buen jinete, pero llevaba años sin montar.

—A oscuras siempre es peligroso —replicó el patrón—. Tengo prohibido a mis empleados que dejen subir a los turistas después de haber anochecido.

—Ahora no ganaremos nada discutiendo —terció— Roger.

La discusión entre Roger, Richard, Joe y los encargados del «picadero» tenía lugar bajo el porche de la edificación, construida al estilo de cualquier rancho típico.

Dentro, un médico atendía a Jack Rivers, que había quedado sin sentido después de la caída sufrida con el caballo que montaba.

—¿Era muy alta la valla? —preguntó Joe.

El mozo asintió:

—Sí. Dos metros, aunque para un buen jinete no ofrece la menor dificultad.

—Lo que ocurre —adujo Richard— es que Jack ya no es un muchacho joven. Debió confiarse demasiado.

El médico salió en aquellos momentos.

Todas las miradas convergieron en el mismo lugar.

—Conmoción cerebral y fractura de algunas costillas. Sigue inconsciente y lo más prudente sería trasladarlo a un hospital. Su estado es grave, muy grave.

Los tres hombres decidieron por unanimidad regresar a Hollywood.

Eran las once exactamente cuándo Jack Rivers quedó internado en el hospital.

El médico de guardia —al que correspondió atender al herido— advirtió:

—Habrá que practicarle una operación. Dado su estado no se puede garantizar nada. ¿Tiene algún familiar?

Los tres hombres se miraron alternativamente. Simultáneamente se encogieron de hombros.

—No —replicó Richard—. Que nosotros sepamos, Jack Rivers no tiene ningún pariente.

—Alguien tendría que dar su consentimiento a la operación. Como les digo entraña ciertos peligros —siguió el médico.

—¿Qué ocurriría si no operara, doctor? —inquirió Roger.

—Yo diría que el tanto por ciento de probabilidades de vivir siempre será más elevado si se practica la operación.

Se hizo nuevamente el silencio.

Al fin, Richard habló en nombre de todos:

—Somos amigos suyos. Todos deseamos que viva, así que supongo que estamos de acuerdo en que se haga lo más aconsejable. Usted es quien tiene la palabra, doctor.

—Entiendo que no se oponen a una intervención —replicó el cirujano.

—No —negaron casi a coro.

—De acuerdo.

—¿Cuándo estará en condiciones de poder hablar? —preguntó Joe.

—Esto es más difícil predecirlo —afirmó el médico.

Se reunieron poco después en el bar más próximo, mientras en el hospital se practicaba la intervención quirúrgica a su amigo.

Era ya casi la media noche. En aquellos momentos nadie se acordaba de Eugenio Santillo.

Y posiblemente el irascible productor con aires de genio hubiese continuado permaneciendo en el olvido momentáneo de no mediar algo imprevisto.

Los tres hombres tomaban silenciosos un doble de *whisky* por cabeza, cuando, distraídamente, Roger repasaba un periódico que alguien había dejado sobre el mostrador del bar.

Su interés estaba centrado en el anuncio de una película que había sido rodada en la American Intercontinental Pictures. Era la película que acababa de dirigir el genio. El departamento publicitario de la productora no había perdido el tiempo en inútiles esperas. Ya estaba anunciando la inmediata sesión obligada de preestreno.

Roger se encogió de hombros. Particularmente deseaba que el film fuera un rotundo fracaso sólo para que Eugenio se diera cuenta de que como guionista y director era un verdadero desastre.

Luego pensó que según todos los cálculos —imponderables aparte—. Eugenio ya no podía pertenecer al mundo de los vivos, pese al silencio de los periódicos.

Se encogió de hombros. Incluso tomó el periódico con el fin de lanzarlo lejos, cuando de pronto...

—¡Cielos! —exclamó.

La noticia venía al final de la página en una información de última hora.

Decía escuetamente:

«Repentina muerte del jefe de producción de la American Intercontinental Pictures Eugenio Santillo, de nacionalidad argentina. Se cree que la causa de tan inesperado desenlace fue un ataque al corazón, de cuya dolencia venía padeciendo el finado. Mañana, daremos nueva información».

—Leed esto —dijo Roger mostrando el periódico a los otros.

Joe palideció.

—Entonces... ha dado resultado.

Richard miró a los otros con gravedad.

—Bien. Ha salido conforme lo planeamos.

—Quizá ahora empiecen a surgir las complicaciones.

Tras un breve silencio, Roger preguntó:

—Bien... ¿Quién de vosotros es el encargado de cambiar la botella?

—Yo.

Era Joe el que había contestado.

A la respuesta de Joe siguió un largo silencio y una profunda mirada entre Roger y Richard.

Si Joe era el encargado de cambiar la botella, significaba que el que había introducido el veneno era uno de los otros dos allí reunidos o tal vez Jack...

Roger sabía, por lo menos, que no había sido a él a quién la suerte le había designado como ejecutor material.

—¿Te tocó a ti? —preguntó a Richard.

—Quedamos en que esto sería un secreto —replicó Richard.

—Tienes razón —admitió Roger—. Pero dadas las circunstancias... Jack está grave...

—Si de veras no fuiste tú —dijo Richard—, debió ser él...

—¿Jack? —inquirió Joe.

Richard asintió:

—Yo tampoco fui.

—Bueno. Eso es lo de menos —replicó Joe—. Ahora debo entrar en acción yo. Mañana, cuando vayamos a ver a... al muerto, llevaré una botella del mismo *whisky* para efectuar el cambio.

CAPÍTULO XIII

El cadáver había sido depositado en el féretro según pudieron comprobar cuando llegaron al domicilio del extinto.

Lorna, la secretaria, estaba visiblemente afectada.

El coche fúnebre esperaba en la calle.

Había muchas personas, pero no llegaban a ser multitud. Simples representantes de otras productoras por mera cuestión de compromiso, así como algún astro de segunda categoría. Con ello se demostraba la escasa popularidad de Eugenio, el que en vida se creyó un auténtico genio, e hizo gala de la peor educación.

Bueno. No está nada bien hablar mal de los muertos.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Roger a Lorna.

—No lo sé exactamente... Yo estaba aquí con él. Me había invitado a cenar y me propuso pasar unas cortas vacaciones...

Lorna se interrumpió mientras los tres hombres esperaban con avidez que la mujer continuara con su relato.

—Luego discutimos —siguió ella— por una tontería. Me sentí molesta y me marché.

—¿Le dejó con vida? —preguntó Roger.

—Sí... Pero creo que ya se encontraba mal. Sólo que en aquellos momentos no le di importancia.

—¿Volvió a verle? —preguntó Roger.

—No... Al menos con vida.

—¿Cómo se enteró de su muerte? —inquirió Richard.

—Llamé a la mañana siguiente. Al fin y al cabo pensé que debía disculparme. Después de todo, el señor Santillo era mi jefe y la cosa no había sido tan grave. Llamé, pero no contestó nadie...

—¿Había muerto? —preguntó Joe.

—Entonces, no podía saberlo. Al no contestar nadie, pensé que a lo mejor había tomado el avión. Pensaba ir a las Bahamas.

—Ya lo sabemos —terció Richard.

—Insistí más tarde, pero fue inútil. Di por descontado que estaba ausente, pero poco después llamó el portero de la casa. Se extrañó que Eugenio, quiero decir el señor Santillo, no bajara. El hombre sabía lo del viaje y pensó que aquello resultaba anormal.

Una breve pausa para que la mujer tomara aliento y prosiguiera:

—El hombre dijo que había llamado varias veces por el intercomunicador privado y que nadie le había contestado. Como sea que yo había estado con él la noche anterior, me llamó para saber si había cambiado sus planes.

—Usted le dijo que no, claro —replicó Roger.

—Naturalmente. Yo estaba convencida de que el señor Santillo había emprendido su viaje hacia las Bahamas.

—¿Vino aquí? —preguntó Richard.

Lorna asintió:

—Tenía una llave del piso para casos de emergencia. Abrí la puerta y...

—¿Lo encontró muerto? —cortó Joe rápidamente en incisiva pregunta—. ¿En el *living*?

—No —negó Lorna—. No estaba en el *living*, sino en su cama. No había tenido tiempo de desnudarse. Por lo visto intentó tomar el teléfono que había sobre la mesita, pero no tuvo tiempo.

—Pero estaba muerto —interrumpió otra vez impaciente Joe.

—Sí.

—¿Llamó a la policía? —preguntó Joe.

—¿A la policía? ¡Oh, no! Llamé a un médico. A su médico. No tuvo el menor inconveniente en certificar su muerte como natural. ¿Por qué debía de intervenir la policía?

Roger desvió la cuestión:

—Bueno... Joe pensó que a lo mejor había muerto violentamente.

Lorna negó:

—Indudablemente, fue el corazón. Desde hacía tiempo su médico predecía un fatal desenlace.

Se hizo el silencio.

Los de la funeraria regresaban después de depositar su fúnebre cargamento en el coche para preguntar si podían dirigirse al cementerio.

Lorna asintió.

Nadie había visto —ni tenía ganas de ver— el cadáver de Eugenio. Les bastaba saber que estaba muerto y que nunca más iba a importunarles.

Inmediatamente, todos bajaron a la calle. Joe aprovechó el momento en que Myrna se dirigía a la puerta para efectuar el cambio de botella que llevaba dentro de su cartera de mano.

Previamente había quitado el precinto y vaciado la mitad del líquido un poco a ojo. Eso, al parecer, no tenía una gran importancia.

Metió la botella que contenía el veneno en la cartera y se reunió con los demás.

Nadie se había dado cuenta de la operación, por lo que podía considerarse que todo había resultado perfecto.

El entierro tuvo lugar en el cementerio donde Eugenio —previsor en todo— tenía una tumba de su propiedad donde él mismo había grabado, en vida, su epitafio:

*Aquí yace un hombre que
nació antes de su tiempo y
por esta razón muchos no
llegaron a comprenderle
nunca. El tiempo le dará
la razón.*

Hasta la tumba, Eugenio Santillo quería demostrar que era realmente un genio.

Tras la ceremonia cada cual fue por su lado.

Roger, Richard y Joe tomaron el camino del hospital para averiguar si su amigo y cómplice ya estaba en condiciones de hablar.

—Sigue inconsciente —declaró el médico—. Este estado puede persistir.

—¿Cómo está?

—Período estacionario.

—¿Cuál es su pronóstico, doctor?

—Sigue la gravedad. No es posible predecir nada al respecto. Habrá que esperar. En su estado cualquier cosa puede aceptarse

como normal. Desde una muerte sin recobrar el conocimiento, hasta su completa y paulatina mejoría.

La respuesta no podía ser más ambigua, pero los tres amigos tuvieron que aceptarla, ya que no tenían ninguna mejor.

Salieron de nuevo del hospital y entonces tuvieron la primera sorpresa desagradable.

—Buenos días, señores —los saludó alguien con aspecto de extra de cine en el papel de agente de policía.

Lo malo es que era un agente de «verdad». Mostró su placa y enseguida prosiguió:

—Supongo que ustedes son —consultó una agenda—. Roger Heston, Richard Connaly y Joe Peters. Al menos, sus señas coinciden.

El trío asintió con absoluta simultaneidad.

—Bien —prosiguió el policía—. Me gustaría hablar con ustedes en privado.

—¿Sobre qué asunto? —preguntó Richard, que desde el primer momento se mostró el más sereno de todos.

—Sobre la muerte de Eugenio Santillo.

Joe palideció.

—¿Qué quiere decir? Fue muerte natural. Así lo certificó el médico.

—Hemos recibido una llamada anónima —sonrió el policía—, no se preocupen. Todo es pura fórmula.

—¿Y qué le han dicho en esta llamada? —inquirió Roger.

Se sentaron en el semireservado de un bar para proseguir tranquilamente la conversación.

El teniente —graduación del policía perteneciente a la brigada de homicidios— pidió un café.

—En acto de servicio no suelo tomar alcohol, pero ustedes beban lo que les apetezca. Charlaremos como buenos amigos.

—No ha contestado a mi pregunta —replicó Richard imperturbable.

El policía sonrió.

—¿Quiere usted saber quién hizo la llamada?

—Eso es...

—Ya le dije que fue anónima —comentó el policía.

—¿Pero qué dijeron? —siguió preguntando Richard.

—Que la muerte de Eugenio Santillo no había sido por causas naturales.

Joe acusó el golpe.

—Pero... ¿Quién pudo decir esto?

El teniente parecía muy divertido.

—Ya les dije que todo esto es pura fórmula. La policía generalmente no hace caso de anónimos, pero el jefe me ha mandado a mí para hacer un informe puramente rutinario... No hay mucho trabajo últimamente —añadió irónico el hombre.

—¿Y en esa llamada se nos acusaba a nosotros tres? —preguntó Roger.

El de la brigada de homicidios rectificó:

—A ustedes cuatro. Se incluía en el supuesto asesinato a Jack Rivers. Ese amigo suyo que han ido a ver al hospital.

Se produjo un largo silencio. Al menos a todos les pareció extremadamente largo.

—Bien —siguió el policía—. ¿Tienen algo que decir?

Richard replicó sin mirar a los demás:

—Esto es sencillamente absurdo.

—Pero nada descabellado, ¿verdad? —sonrió el policía.

—¿Nos está acusando? —protestó Joe.

—¡Oh, no! Digo simplemente que no es nada descabellado suponer que esa llamada pudiera tener un algo de verdad. Al fin y al cabo, tenemos referencias de que ninguno de ustedes, incluyendo al del hospital, se llevaba bien con el finado.

Richard volvió a intervenir con rapidez:

—No. Eso es cierto. Particularmente, Eugenio me era antipático.

—Me alegro de que lo acepte, señor Connaly. Hay gentes que mienten para que no se les considere sospechosos... Al fin y al cabo, si todas las personas que odian a un ser humano decidieran «quitarle de en medio» en el mundo quedaría muy poca gente.

Roger sonrió levemente.

—Eso es verdad.

Joe terció:

—Posiblemente, Eugenio también nos odiaba a nosotros.

—Admitido...

—Bien, teniente —comentó Richard algo más tranquilo—, pregunte lo que quiera. Somos buenos ciudadanos y nos gusta

colaborar con la policía.

—Sólo vengo en busca de una coartada... Pero si no la tienen, no se preocupen. Si no se presenta ninguna denuncia oficial, les dejaremos tranquilos.

—¿Una coartada? —preguntó Joe—. Tiene gracia. Estábamos todos juntos desde el viernes por la noche.

—En un motel, a unos cien kilómetros —corroboró Richard.

—¿Y naturalmente no se movieron en todo el tiempo desde...?

Roger completó la frase:

—Desde el viernes por la noche.

—Perfecto. Es todo cuanto deseaba saber. Ya ven qué fácil.

El policía se levantó. Dejó unas monedas para pagar su café y se encaminó hacia la puerta, pero no llegó hasta ella. Antes se volvió para comentar:

—Tienen suerte de que esto no es nada oficial... al menos por ahora... porque si no esa coartada no les serviría de nada.

Los tres cambiaron una rápida mirada.

El policía sonrió, agregando:

—Si Santillo fue envenenado, habría que probar dónde estuvieron ustedes durante todas y cada una de las horas del viernes... Puesto que el veneno que alguien pudo depositar en la botella del *whisky* pudo ser introducido en cualquier hora de ese día.

Se hizo un silencio sepulcral.

El policía no dijo nada, más. Se marchó lentamente.

CAPÍTULO XIV

—¡Sabe lo de la botella! —exclamó Joe una vez los tres hubieron quedado a solas.

—Sí. No cabe duda de que el que llamó a la comisaría estaba enterado de nuestro plan —admitió Roger.

—Sólo lo conocíamos nosotros cuatro —terció Richard—. A menos que lo hubieses contado a Myrna.

Joe protestó:

—¡Dios me libre! Myrna no me hubiese dejado en paz.

—¿De veras no se lo dijiste? —indagó Roger.

—¡Claro que no! —protestó Joe—. ¿Por quién me tomáis?

—Pues yo tampoco se lo dije a nadie —replicó Roger pensativo.

—Y yo menos —corroboró Richard.

Tras un breve silencio y un intercambio de significativas miradas, Richard rompió el hielo:

—¿Tal vez... Jack...?

—Eso no lo sabremos hasta que recobre el conocimiento...

Sí. Era necesario esperar...

En realidad, no hubo que esperar mucho. Aquella misma noche, contra todo pronóstico, Jack Rivers se recobró ligeramente, pero antes...

Eran alrededor de las siete de la tarde. Roger necesitaba un buen trago y se metió en un bar.

Los tres amigos se habían separado. Cada cual tiró por su lado.

Richard prefirió encerrarse en su casa. Joe trató de ver a Myrna para hacer las paces y Roger decidió animarse a base de alcohol.

Entró en el bar de costumbre. Era un local alegre, con música, ambiente y chicas bonitas. La diferencia entre aquel y otros bares radicaba en el precio de las consumiciones. Allí el ambiente se cotizaba bastante alto, pero Roger todavía tenía fondos...

Cuando había tomado su segundo *whisky* vio a Linda.

La portentosa pelirroja, modelo exclusiva de bañadores y bikinis y especialista en anuncios de crece bustos, tomaba un combinado sola en una mesa.

¿Esperaba a alguien?

A Roger no se le ocurrió preguntárselo. Necesitaba animarse y unas copas mezcladas con la pelirroja pensó que serían un tratamiento eficaz.

Se sentó a su lado.

—Nadie te ha invitado, Roger. Es mejor que te diviertas solo —dijo ella despectivamente.

—Hoy precisamente no deseo estar solo.

—Temo que yo no soy exactamente tu tipo...

—Estás como un «reactor», mi vida —sonrió Roger—. Y de veras lamento el tiempo que he perdido pensando en cosas. Bueno... en cosas, digamos secundarias. La vida es corta y hay que vivirla.

Roger estaba visiblemente animado. Dos copas son dos copas y el alcohol a veces es un poderoso antídoto contra el mal humor. Lo malo es que hay quien piensa que a más alcohol, menos preocupaciones, y entonces es al revés...

Roger estaba, digamos, en su punto. Linda lo compendió así.

—¿Qué pretendes, Roger?

—Vamos a mi casa, querida. Haré traer una buena cena. Lo que quieras... Luego pondremos música y aquellas luces de colores que tanto te chiflan.

Tomó una mano del «monumento» y rozó sus labios por toda la palma.

—Vamos, palomita. Aprovechemos el tiempo. La vida es un soplo. Llegas un poco de viento y «bluff»...

Linda sonrió.

—Tienes un extraño poder de persuasión, Roger, pero no debería fiarme de ti, ¿sabes? Me has dejado plantada dos veces...

Linda era poco rencorosa, o tal vez le interesaba la amistad con Roger; al fin y al cabo estaba relacionado con el cine y a menudo un empujoncito es suficiente para pisar los primeros peldaños de la fama.

Por otra parte, Roger era uno de esos hombres que gustan a las mujeres y gustar a una mujer como Linda era un auténtico don.

Consiguió llevarla otra vez a su apartamento, desde donde encargó la cena prometida.

Ostras del caribe, caviar, faisán, tarta helada, champaña y vinos franceses. Un auténtico banquete.

Roger deseaba olvidar y una buena cena, un excelente vino y una mujer como Linda eran la combinación perfecta.

Linda, por su parte, pensó que aquella vez la velada iría completamente en serio cuando comprobó los deseos de Roger de no separarse de su lado.

Ella pidió champaña y Roger la complació.

—Una copa, estimulante; dos, alegría; tres...

No terminó la frase. El tapón había salido disparado y el espumoso líquido francés se desparramaba en cascada para ir a caer sobre el ceñido vestido de Linda.

—¡Mira cómo me has puesto! Parece que me haya tirado vestida dentro de una piscina...

—En el baño hay alguna ropa. Deja el vestido a secar... —Y de veras que lo siento.

Linda se encaminó hacia el baño.

Roger sonrió, al tiempo que agregaba:

—Oye, si no quieres ponerte nada, a mí me da lo mismo.

Ella sonrió mientras desaparecía tras la puerta del baño, contigua a la habitación del joven guionista.

Roger restregó sus manos. Se prometía una auténtica velada feliz.

—¿Estás lista, nenita? —preguntó.

—No seas impaciente, Roger. Ese albornoz que tienes me sienta como un disfraz.

—Ya te he dicho que no te pongas nada.

—Eres muy listo, amiguito... Y demasiado atrevido —replicó ella siempre desde el interior del cuarto de baño.

—Lo que ocurre es que me has cogido en dos ocasiones que estaba en baja forma —contestó Roger a su vez.

—¿Y hoy estás en buena disposición?

—Sal y lo verás.

Entonces sonó el teléfono.

Era del hospital. La enfermera de guardia.

—¿El señor Heston?

—Yo mismo.

—Su amigo el señor Rivers ha recobrado el conocimiento, le llamo siguiendo las instrucciones que dejó.

—Oh, gracias. —¿Ha hablado?

—Sí. Y ha dicho que era muy importante que hablara con ustedes. Ya he llamado a sus otros dos amigos.

—Está bien. Voy enseguida.

Era una pena tener que dejar a Linda, pero...

La maniqué ya debía de estar acostumbrada. Tres veces en una semana era todo un récord.

Cuando salió del baño con el albornoz puesto y no vio a Roger, comprendió...

—¡La próxima vez que me invite a su casa, le hago pedacitos pequeños, pequeñitos...!

En el hospital se hallaban los tres amigos alrededor de la cama de Jack Rivers.

Éste hablaba con alguna dificultad, pero sus palabras, aun siendo entrecortadas, sonaban claras, perfectamente comprensibles. Demasiado perfectamente...

—Yo... yo no maté a Eugenio... No lo maté. ¿Sabéis?

Los otros tres escuchaban silenciosos. Jack prosiguió:

—No me atreví... Me faltó valor para hacerlo... Yo...

—Olvida esto ahora —susurró Joe...

—No... No puedo... Os traicioné a todos. A mí me salió la papeleta y..., y...

—No es necesario que continúes —replicó Richard.

—Sí. Dejadme continuar. Estoy muy mal, por eso quiero hablar. Quiero que...

—Es inútil que te esfuerces, Jack —terció Roger—. Descansa. Ya nada se puede evitar.

—Eugenio será un sinvergüenza —siguió el herido—, pero nadie tiene derecho a quitar la vida de un ser humano y yo...

Hizo un gran esfuerzo para proseguir, pero le faltaban las fuerzas.

—Eugenio ha muerto —comentó Joe.

Jack abrió desmesuradamente los ojos.

—¡No! —consiguió exclamar.

Luego se hizo el silencio. Volvió a perder el sentido.

Los tres hombres se miraron en silencio. Luego, la enfermera entró para rogarles que salieran de la habitación mientras ella procedía a inyectar un calmante al herido.

Siempre sin despegar los labios, salieron del hospital.

—Si él no lo mató —comentó al fin Roger—, esto significa que Eugenio murió de un modo natural.

Joe se encogió de hombros.

—Al diablo Eugenio.

—No hables así de un muerto —replicó Richard.

—Bueno... No tenemos por qué preocuparnos —siguió Roger. Pero no parecía muy convencido. Ni los otros tampoco.

Y palidiecieron bastante cuando vieron que un coche se detenía otra vez delante del hospital y de él bajaba el policía de la brigada de homicidios.

—Buenas noches, señores. Llamé a sus casas y como no les encontré, supuse que estarían aquí.

—¿Usted otra vez? ¿Qué quiere ahora? —preguntó de mal talante Joe.

—Seguir nuestra pequeña charla del otro día.

—¿A qué viene todo esto?

—Verán... El caso es que la llamada que recibimos el otro día ha dejado de ser anónima, ¿saben?

—¿Qué quiere decir? —inquirió alarmado Roger.

—Que se ha presentado una denuncia oficial contra ustedes cuatro... Dado que el señor Rivers está en el hospital, esperaremos. De momento, les interrogaré a ustedes...

—¿Es que piensa detenernos? —preguntó Richard.

—No, no. La denuncia, aunque oficial, no se basa en ninguna prueba concreta. Es una simple sospecha.

—¿Y de quién parte esa sospecha? —inquirió Richard.

—De una mujer... Una mujer llamada Lorna. La secretaria de Eugenio Santillo, según creo.

De nuevo se reunieron en un bar. El policía no sentía el menor interés en llevarles a la comisaría. A simple vista parecía concederles un amplio margen de confianza.

—Piensen que me fastidia tanto como a ustedes, este condenado asunto, pero no tengo más remedio.

—¿Se ha dado orden para que se proceda a exhumación del

cadáver? —preguntó Roger.

—Esto ya se ha hecho. Hoy mismo...

—¿Eeeh? —Los tres se miraron alarmados.

—El asunto se ha llevado con discreción. La señorita Lorna lo ha encarecido de un modo muy especial.

—¿Y qué resultados ha dado la autopsia? —preguntó Joe.

—A simple vista la muerte parece natural, pero como la mencionada Lorna insistía en lo del veneno el asunto ha pasado al gabinete especial de toxicología. De momento, no sabemos nada. Hay venenos que cuesta mucho trabajo descubrirlos, especialmente los compuestos con la semilla de algunas plantas procedentes de América del Sur, del Amazonas concretamente. Hay infinidad de sustancias nocivas que apenas dejan rastro... Pero, en fin, tarde o temprano se sabrá.

—¿Y qué desea de nosotros? —preguntó Roger impaciente.

—Para ganar tiempo me contentaría con que me dijeran cómo pasaron las horas del viernes, desde que el señor Santillo salió de su casa hasta que regresó por la noche acompañado de la señorita Lorna.

Los tres hombres se miraron...

—Bueno... Será un poco difícil precisar, ¿no cree? —sonrió Richard.

—Intenten reconstruir paso a paso lo que hicieron.

Empezó Richard:

—Cuando llegué a los estudios debían ser poco más o menos las diez de la mañana. Tomé unas copas con los amigos y...

—¿A qué hora se levantó? —interrumpió el policía.

—Más o menos a las nueve. Desayuné y vine dando un paseo. Vivo cerca.

—Tuvo tiempo de pasar por el apartamento de Santillo.

—El portero me vio salir a las nueve y media. No tenía tiempo de ir a su casa y llegar a las diez en el bar del estudio.

—De acuerdo, siga.

—Almorcé en el «Selga's Club».

—¿Y por la tarde?

—Richard dudó un momento.

—Fui al cine.

—¿Solo?

Antes de que Richard pudiera contestar, Roger le echó un «capote»:

—Yo fui con él... Bueno —amplió—, fuimos los cuatro.

—¿Los cuatro?

Joe sonrió.

—Sí. Yo iba con ellos y Jack Rivers también.

—¡Vaya una casualidad...!

—No. No es ninguna casualidad. Nos interesaba ver cierta película. Es nuestro oficio —replicó Roger.

—Perfectamente comprensible —admitió el policía.

Richard siguió:

—Después del cine vinimos al bar.

—¿Juntos?

El de homicidios estaba al tanto de todo...

La coartada del cine no estaba mal, pero lo que fallaba era la llegada del bar, porque ésta se realizó por separado.

Richard fue quien encontró la solución más plausible:

—Prácticamente fuimos juntos hasta Sunset Boulevard.

El policía agrandó los ojos.

—¿Prácticamente? ¿Qué quiere decir con esto?

—Que quizá nos separamos unos diez minutos, pero desde la salida del cine hasta la llegada al bar del estudio no hay tiempo suficiente para ir a casa de Eugenio y echar veneno en... donde sea. Compruebe usted mismo los horarios, teniente.

—Lo haré. Aunque me imagino que no dará el menor resultado halagüeño para mi investigación. Ustedes los guionistas tienen una imaginación excelente, claro que... es sólo sobre el papel. En la vida real siempre se comete algún error.

—Puede que tenga razón, teniente —sonrió Roger—, pero piense que en las películas los culpables siempre acaban en manos de la justicia, mientras que en la realidad... ¿Cuántos hay que andan sueltos por falta de pruebas?

—De eso no somos culpables los policías, sino quienes han hecho las leyes. El ciudadano siempre es nocente mientras no se demuestre lo contrario. A veces sabemos que una coartada es falsa, pero no siempre se puede probar... En realidad, hay demasiadas leyes que protegen al delincuente.

—De eso no nos puede acusar a nosotros —sonrió Richard...

—No —sonrió también el policía—. En todo caso, les acusaría de escribir una sarta de falsedades. Ustedes siempre ridiculizan a la policía. Nos tratan poco menos que de tontos. A veces, cuando veo una de esas películas policíacas que escriben con la pretensión de haber concebido un delito perfecto, me entran ganas de reír... Cualquier policía novato descubriría el criminal de buenas a primeras...

—En adelante, vendremos a buscar las historias en sus archivos, teniente —replicó Richard.

El policía se encogió de hombros.

Levantóse y agregó:

—He terminado por hoy. Tengo que rogarles que no se vayan de la ciudad por el momento. Puedo necesitarles en cualquier momento.

Cuando quedaron a solas, nadie se atrevió a abrir la boca.

¿Por qué aquel miedo?

Si Jack acababa de decirles que él, que era en definitiva la persona sobre la que había recaído la misión de mezclar el veneno con el *whisky* de Eugenio, había confesado que a última hora se volvió atrás, ¿qué podían temer?

Tal y como estaban las cosas, la muerte de Eugenio Santillo podía considerarse absolutamente natural.

Sin embargo, la intranquilidad seguía presidiendo el semblante de los tres hombres.

¿Tenían motivos?

Sí. Los tenían, en efecto.

¿Cuáles?

Enseguida los veremos.

CAPÍTULO XV

La llamada procedía de los estudios de la Intercontinental Pictures.

Lorna era la que había marcado el número correspondiente al teléfono privado del apartamento de Roger.

—Quiero hablar con usted... es necesario.

—¿Qué quiere de mí? Ya nos ha denunciado. ¿No tiene bastante?

—No, Roger. Es necesario que hablemos.

La siguiente llamada fue para Richard Connaly.

—¿Qué le pasa, Lorna? ¿No le parece suficiente habernos metido en este lío?

La persuasiva voz de Lorna replicó:

—Cuando podamos hablar tranquilamente verá las cosas de otro modo, Richard. Por eso le ruego que venga.

Joe recibió la tercera llamada en el bar donde solía desayunar. No tenía teléfono en su casa y utilizaba el del bar para casos de emergencia.

Myrna estaba con él. Ya habían hecho las paces. No fue cosa difícil, pero la muchacha estaba intranquila. Sabía que Joe le ocultaba algo y estaba preocupada.

Se preocupó más cuando oyó que Joe, al contestar la llamada telefónica, nombró a Lorna.

—Déjenos en paz, Lorna. ¿Quiere?

Recibió, al igual que sus otros amigos, la correspondiente cita.

Joe colgó de mal talante.

—¿Qué sucede, Joe? ¿Por qué no te sinceras conmigo?

—¡Oh, Myrna, déjame!... No estoy de humor para contestar preguntas.

—¿No habréis tramado nada contra Santillo, verdad?

Joe la miró agrandando los ojos.

—¿Quién te ha dicho esto?

—Nadie, Joe, pero... No sé... Desde que murió, te encuentro raro...

—Figuraciones tuyas. Anda, vamos. Te acompañaré a los estudios y de paso veré qué quiere Lorna.

—¿No te lo ha dicho?

—No.

Y Joe tampoco tenía la menor idea del motivo de aquella llamada.

Ni Joe ni los demás.

Se reunieron en el despacho de Santillo, cuya mesa ocupaba Lorna de manera majestuosa.

La mujer fue directamente al asunto sin ambages.

—Uno de ustedes mezcló veneno en su botella de *whisky*.

—¿Quién le ha contado esto? —preguntó Richard.

—Nadie. Pero estoy segura.

—Deme una prueba —siguió Richard.

—No la tengo... pero la presiento.

—Un presentimiento no constituye una base sólida para acusar a nadie —sonrió Roger.

—El mío sí. Eugenio presentía también que ustedes tramaban algo. Me lo dijo.

—¿Qué fue lo que le dijo? —inquirió Joe.

—Que un día tratarían de matarle por cualquier procedimiento. Recuerdo que nombré el veneno mezclado en la botella de *whisky*. Entonces yo pensé que eso era demasiado monstruoso y no le di importancia.

—¿Y ahora se la da? —preguntó Richard.

Ella asintió:

—Tengo motivos...

—¿Cuáles?

—Su botella de *whisky*. He vuelto a la casa para recoger algunos papeles que Eugenio guardaba en su despacho. Todo estaba igual que aquella noche... Todo excepto la botella. No era la misma.

Eugenio palideció.

Lorna prosiguió con sus sospechas, más que sospechas,

realidades.

—Fue casual que me diera cuenta, pero estoy segura que mis ojos no me engañaron. La otra botella, la que utilizó Eugenio la noche que murió estaba más vacía... Aquel que la cambió no vertió el suficiente líquido para dejarla igual que la otra.

«¡Qué observadora!», pensó Roger.

«¡Esto es prácticamente el único fallo del plan!», se dijo Richard. Joe estaba demasiado asustado para pensar nada.

Richard terció cambiando el signo de la conversación.

—Han pasado dos días y el teniente todavía no nos ha dicho nada con respecto a la autopsia. ¿Acaso sabe usted algo?

—Tienen ustedes suerte. El gabinete de toxicología no ha encontrado huella alguna.

Richard se levantó.

—Entonces no hay más que hablar. Estamos perdiendo el tiempo.

—Yo no opino como el gabinete, Richard.

—Allá usted lo que opine, Lorna. Nadie puede acusarnos...

Lorna le miró inquisitoriamente a los ojos.

—Su conciencia, Richard. Su conciencia será el peso más fuerte. Un peso que con los años irá aumentando.

—Cállese, Lorna...

—Nadie tiene derecho a quitar la vida de los demás —siguió implacable la mujer.

—Vámonos de aquí —replicó Richard dirigiéndose a los otros.

—No se puede vivir con un crimen en la conciencia.

Los tres se encaminaban hacia la puerta.

—Le gustaría vernos en la cámara de gas. ¿Verdad? —replicó nerviosamente Joe.

—No. Si confesaran espontáneamente sería un atenuante, sobre todo teniendo en cuenta que Eugenio tenía muy pocos amigos. En este caso la víctima por su impopularidad no contaría con las simpatías del jurado. En cambio ustedes sí... Se habrían presentado espontáneamente... El que fuera... Piénsenlo bien. Un crimen es un lastre demasiado grave.

Los tres quedaron silenciosos.

La mujer concluyó:

—Fue el teniente quien me dijo que en casos como éste si el

asesino se presenta de modo espontáneo, la ley es menos dura.

Antes de que nadie pudiera contestar apareció el teniente por otra de las puertas que comunicaban con el amplio despacho.

—La señorita Lorna tiene razón, caballeros.

—¿Nos estaba escuchando? —inquirió Richard.

—¡Oh, no!... No es mi estilo escuchar a través de las puertas. Sólo oí las últimas palabras.

—Pierde el tiempo —murmuró Richard.

—Lo sé. Y puesto que ya no hay nada contra ustedes, son completamente libres, pero piensen en lo que les ha dicho Lorna... Un crimen acaba por ser un peso insoportable.

Los tres días siguientes resultaron de auténtica prueba para cada uno de aquellos hombres.

¿Por qué?

Cada uno tenía sus motivos...

Y todos recordaban en primer lugar las palabras de Jack Rivers, en su breve intervalo de lucidez.

—«Nadie tiene derecho a quitar la vida de un ser humano».

Lorna había repetido aquellas mismas palabras como un eco.

Luego estaba lo del peso de la conciencia. Para un asesino nato —si es que los hay— o tal vez para un hombre sin sentimientos, sin capacidad para discernir el bien del mal, puede que un crimen más, crimen menos le dejen indiferente, pero para gentes como Roger, como Richard o como Joe, un crimen tenía que pesarles por fuerza.

Pero... ¿Lo habían cometido?

Roger paseaba nerviosamente por la coquetona estancia que ya conocemos. Allí, en lo que él llamaba paraíso del amor, ahora parecía más bien una jaula, una jaula donde él —el propietario del apartamento— se sentía casi prisionero.

Pensaba en Jack, que seguía inconsciente con escasas posibilidades de que se recobrara. Posiblemente moriría. Y sin embargo Jack era inocente... Claro que no del todo porque...

Roger no pudo más.

Tomó el teléfono y marcó uno de los números correspondientes al estudio.

—¿Dónde puedo encontrar al teniente? —preguntó cuando Lorna tomó el auricular en el despacho que fue de Santillo.

—¿Al teniente?

—Sí. Al que lleva el asunto de Santillo.

—Está aquí —respondió la voz de Lorna.

El propio policía tomó el teléfono.

—¿Con quién hablo?

Roger vaciló un instante. Al fin se decidió:

—Soy Heston. Quiero hablar con usted.

—No me moveré del estudio.

—Es oficial.

—No importa. Estoy de servicio y puedo tomarle declaración donde sea. Después... si lo considero oportuno ya le llevaré al puesto.

—Está bien. Salgo inmediatamente para allá.

Veinte minutos después.

Roger estaba sentado en el despacho. El policía ocupaba el puesto de Eugenio. Estaban los dos solos, puesto que Lorna les había dejado antes, a petición del de la brigada de homicidios.

—Hable, Heston. Le escucho.

Roger, tras una prolongada pausa empezó sin tapujos.

—Yo soy el asesino de Eugenio Santillo.

CAPÍTULO XVI

Roger prosiguió sin que en el rostro del teniente se moviera un solo músculo. Era como si ya llevara esperando aquella confesión desde que empezó todo.

—Ninguno de nosotros sabía a cuál le había tocado la misión de mezclar el veneno con el *whisky*. Eso era parte del plan. Pero aquella tarde, mientras me encontraba en mi casa Jack me telefoneó.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Que no tenía valor para hacerlo y me pidió que ocupara su puesto.

—¿Y usted aceptó?

—Al principio dudé. Una cosa es planear un crimen la otra llevarlo a la práctica. Yo... quizá sería capaz de matar a un hombre en una lucha abierta, pero mezclarle veneno dentro de la botella de *whisky*...

—A pesar de todo, lo hizo...

—Sí. Lo habíamos estado ideando durante aquella semana. Negarme me parecía una cobardía... Ya sé que en realidad la cobardía fue lo que hice... Pero en aquellos momentos deseaba terminar de una maldita vez. Aquel asunto había llegado a obsesionarme.

—¿Y fue a casa de Eugenio Santillo?

Roger asintió de nuevo:

—Entré por la casa contigua y salté por la azotea. Para penetrar en el apartamento utilicé la escalera de servicio. Comunica con un patio interior. Una de las ventanas del piso de Eugenio da a ese patio. La ventana estaba abierta y ello me facilitó las cosas.

—Eché el veneno y salió otra vez.

—Sí... Fui yo. Deténgame a mí, teniente. Olvide a los demás. Al fin y al cabo sin un autor material Eugenio seguiría vivo por mucho

que hubiésemos planeado las cosas.

—Veré lo que hago...

—Supongo que ahora me detendrá.

—Por supuesto. Tengo que hacer algunas diligencias. Mandaré a un par de hombres para que vengán en su busca. En el puesto firmará su declaración y el asunto pasará a manos del juez.

Roger asintió cabizbajo.

—Ahora espere en el bar si quiere. Y no trate de huir. Voy a telefonar al guardia de la puerta para advertirle... También quiero que sepa que su conversación ha sido grabada en magnetófono. —Y le mostró un pequeño aparato propiedad de Eugenio cuya cinta magnética había estado girando.

El aparato estaba en el primer cajón del escritorio, entreabierto.

El policía dio marcha atrás al aparato y luego pulsó el botón para reproducir la conversación.

Roger pudo escuchar la última parte de lo que acababa de declarar.

Mientras esperaba en el bar con un *whisky* —el último que tomaría en muchos años, pensaba— no se dio cuenta de la llegada de Richard Connaly.

Pasó con su coche hasta el edificio de las oficinas.

Poco antes había sostenido una conversación telefónica con Lorna y con el teniente y éste le citó también en el despacho de Eugenio Santillo en los estudios.

Richard, al igual que antes lo hiciera Roger, se sentó en la misma butaca, mientras comentaba:

—Usted gana, teniente. Yo soy un criminal nato. No podría vivir con un peso de tal calibre en mi conciencia.

—¿De qué se acusa, Richard?

—De haber matado a Eugenio Santillo.

El teniente no pareció inmutarse lo más mínimo. Se limitó a comentar:

—Es realmente interesante. Siga.

El comienzo fue poco más o menos el mismo de Roger.

—Yo, como los demás, ignoraba a quién le había correspondido la misión de mezclar el veneno. Supe que Jack debía ser el encargado cuando me llamó apenas yo acababa de llegar a mi apartamento.

—¿Y qué le dijo?

—Que no tenía valor para hacer «aquello».

—Y le rogaba que usted ocupara su puesto.

Richard asintió:

—Así es...

—¿Y usted aceptó?

—La verdad es que no quería hacerlo. Habíamos hecho un trato. Pero Jack estaba completamente dispuesto a echarse atrás. Intenté convencerle, pero seguía en sus trece... En fin... ¿A qué seguir? Accedí. Quería terminar de una vez.

—Se sentía usted obsesionado —sonrió enigmáticamente el teniente.

—Algo así.

Siguió relatando su entrada a la casa. Se sirvió —según sus propias manifestaciones— del mismo camino que Roger.

¿Habían ido los dos?

¿O acaso sólo uno?

¿De ser así... quién mentía y por qué?

Cuando Richard hubo terminado su relato recibió las mismas reconvenções que Roger y también le fue permitido ir al bar.

Su conversación, claro está, había sido recogida igualmente en cinta magnetofónica.

La llegada de Joe se produjo a los diez minutos.

La primera en saber el motivo por el cual el joven excameraman de aquellos estudios, se encontraba allí fue Myrna.

—Lo siento, Myrna... Debí hacerte caso, pero estaba ofuscado.

Ella no sabía de qué le hablaban, pero intuía algo terrible. Tan terrible como un crimen.

—¡Joe!

—Sí. Maté a Eugenio. Fui yo el autor material. Tengo una cita con el teniente de la brigada de homicidios. Está arriba. Voy a confesar.

—¡Joe! —repitió Myrna con los ojos nublados.

La cosa no era para menos.

Pero... ¿Era Joe en realidad el asesino? ¿El auténtico asesino?

—Soy el asesino.

Su declaración al teniente fue una copia casi exacta que las dos anteriores.

Joe era quizá menos refinado al hablar, pero más o menos vino a decir lo mismo, lo cual significaba, por lo menos que Jack había hecho la misma comedia a los tres, quizá para asegurarse de que Eugenio moriría sin remedio.

Miradas las cosas de otra forma, también podía deducirse que dos de aquellas tres declaraciones eran falsas... O tal vez las tres.

El teniente sin embargo no hizo la menor pregunta por la que pusiera en duda las tres confesiones que en las últimas dos horas había escuchado.

Joe tenía, por otra parte, un cargo más, si de tal podía catalogarse el haber cambiado la botella con posterioridad a la muerte de Eugenio.

Al igual que a sus compañeros, el teniente le mandó al bar, donde ya esperaban dos policías uniformados con órdenes de llevarse a los tres confesos hacia los calabozos de la central.

Los tres hombres se miraban con la estupefacción reflejada en el rostro, mientras se dirigían hacia el coche que debía llevarles a los calabozos.

—Esto es inexplicable —comentaba Roger—. Jack dijo lo mismo a cada uno de nosotros. ¿Con qué objeto?

—No lo sé. He tratado de buscar una explicación lógica, pero no la encuentro —replicó Richard.

—Si llega a recobrase tal vez lo sepamos —comentó Joe.

—O quizá no lo sepamos nunca —dijo taciturno Roger.

Antes de subir al coche, un par de chicas jóvenes, cortadas a molde traspusieron las puertas de los estudios.

Roger estuvo a punto de lanzar una exclamación cuando reconoció a una de aquellas bellezas, físicas y corporales.

Era Linda.

Ella también le vio. Iba esposado, y era inútil quererlo ocultar.

La joven sacudió la cabeza compasivamente.

—Supuse que terminaría así —comentó.

¿Qué clase de delito imaginó, que había cometido, Roger?

Poco después el auto se puso en marcha.

CAPÍTULO XVII

Sam, el barman del estudio, sirvió el café que le había pedido.

La muchacha no podía ocultar su angustia por lo ocurrido.

Para el joven barman resultaba más atrayente conversar con las nuevas *girls* recién llegadas.

Una de ellas era Linda, la otra era una copia exacta en cuanto a corte anatómico. Ambas esperaban que llegara el director que tenía que efectuarles la prueba.

—Me alegraré que tengáis suerte —sonrió el *barman*.

—Y nosotras bastante más que tú...

—Apuesto a que os metéis a cualquier director en el bolsillo.

Las dos muchachas sonrieron, mientras tomaban asiento mostrando con generosidad sus extremidades inferiores.

Sam no ocultaba su complacencia ante la contemplación del espectáculo que representaba la exhibición de aquellos dos pares de piernas.

—¿Quién os ha recomendado? —preguntó el *barman*.

—Un tipo no muy alto, y un poco grueso. Tiene aspecto de sabihondo.

—En realidad más que pedirnos que viniéramos —corroboró la compañera de Linda— casi nos lo ordenó.

—Debe ser alguien parecido al jefe.

—¿A qué jefe?

—Al que mandaba aquí. Un tal Eugenio. Se ha muerto.

—¿Has dicho Eugenio?

—Sí. ¿Le conocíais?

—No sé si será el mismo —comentó Linda—, pero el tipo que nos mandó venir se llamaba Eugenio.

Myrna por poco rompe la taza.

Se volvió hacia las dos muchachas y preguntó:

—Perdonen... ¿Cuándo vieron a ese hombre?

Sam sonrió.

—Si se trata del mismo tuvo que ser antes de que se lo «cargaran».

—¿Han asesinado a alguien? —preguntó Linda.

—Al jefe... Bueno a uno de los jefes, pero ése lo había tomado todo muy en serio y era el que gritaba más, un auténtico hueso —rió Sam.

—¿Y le han...?

Sam hizo un gesto muy significativo con el índice. Un gesto que indicaba que le habían cortado la cabeza, en sentido figurado.

—¿Y Roger Heston tenía algo que ver con esto? —siguió indagando Linda.

—Se dice que sí —replicó Sam.

—No puedo creerlo. Roger un asesino...

—Hay muchas cosas que no están claras en este asunto, señorita.

Y al mismo tiempo, Myrna buscó unas revistas de un revistero que estaba metido entre las mesas del fondo.

En una de las páginas había una foto de Eugenio.

—Ése es el hombre —dijo Myrna mostrándole la plana donde estaba la foto.

—Pues es el mismo que nos contrató —exclamó la compañera de Linda.

—¿Cuándo?

Myrna ni siquiera se daba cuenta del significado de su propia pregunta, pero en su mente atormentada por la idea de que Joe pudiera ser un asesino, buscaba toda posible salida favorable a su novio.

La respuesta de Linda la dejó helada.

—Fue ayer...

—¡No puede ser! —exclamó el barman—. Santillo murió el viernes.

—Pues debe tratarse de su hermano gemelo, porque era un tipo igualito, igualito.

Myrna salió a escape del bar y corrió con todas sus fuerzas hacia el edificio de las oficinas.

Subió de tres en tres los escalones hasta llegar al segundo piso.

Entró como una exhalación en el despacho de Santillo. No había nadie.

Volvió a salir y se cruzó con un ordenanza.

—¿Busca a alguien?

—Sí. Al policía que estaba aquí dentro, en ese despacho.

—El joven que estaba con Lorna salió hace bastante rato. Se fueron los dos.

—Dijeron dónde.

—No. Y tampoco se lo pregunté. Lorna es medio jefe aquí.

—Está bien. —Llamaré por teléfono.

Se dirigió a uno de los supletorios de la antesala del despacho de Santillo y buscó el número de la central de policía más cercana.

—Quiero hablar con el teniente.

Se interrumpió. No sabía su nombre.

—¿Qué teniente, señorita? —preguntó una voz al otro lado.

—Mire, es joven... Alto. Está encargado del asunto de Eugenio Santillo.

—Un momento.

Myrna esperó impaciente.

Al cabo de un rato, escuchó nuevamente la voz del que había hablado antes.

—Lo siento. Aquí no llevamos ningún caso que tenga ese nombre. ¿De qué se trata?

—Oiga, el viernes pasado murió un hombre llamado Santillo. Se supone que le envenenaron.

—No sé nada de esto. ¿Dónde ocurrió?

—Al lado norte de la ciudad. Yo llamo desde los estudios de...

—Acabáramos. Esa demarcación pertenece a otra central. Le daré el número y llame usted directamente.

—Sí, sí... la calle a que se refiere entra de lleno en nuestra jurisdicción.

—¿Y esto es homicidios?

—Exactamente, pero aquí no hay ningún teniente que tenga a su cargo el caso Santillo. ¿No murió de muerte natural?

—No lo sé...

—Oiga... Oiga —insistió el policía.

—¿Diga?

—Deme más detalles de este asunto.

—¿Qué detalles quiere? Ya le dije que un teniente se encarga del asunto.

—Pues esto es, bastante extraño, porque aquí nadie sabe nada.
Sí. Resultaba sumamente extraño...
¿Qué se escondía detrás de todo aquel embrollo?

CAPÍTULO XVIII

—Oiga. Éste no es el camino de la central de policía —dijo Richard dándose cuenta, de que el coche después de dar un rodeo en torno a la parte alta de la ciudad, enfilaba una carretera de las afueras.

Nadie contestó.

En el coche, además de Richard iban Roger y Joe. Este último iba delante entre el conductor y uno de los policías. Detrás viajaban los dos guionistas y el otro agente uniformado.

Joe comprobó también que se alejaban del centro.

—¿Qué significa esto?

Silencio.

En todo caso una sonrisa irónica en los rostros de los tres agentes —chófer incluido— uniformados.

—Estoy pensando que esos tipos no son policías —dijo Roger.

—¿Quieren callarse de una vez? Pronto saldrán de dudas —dijo el agente que iba en la parte posterior.

—Díganos de una vez quiénes son ustedes —exigió Richard en tono autoritario.

—Paciencia. Ya estamos llegando.

No podían hacer nada aunque quisieran. Iban esposados. ¿Hasta dónde podían llegar en el caso de que consiguieran escapar?

A fin de cuentas fueran o no policías aquellos hombres, ellos —los tres— sí eran reos. Cada uno de ellos se había confesado autor de un crimen y su declaración grabada en cinta magnetofónica debía de estar en alguna parte cuidadosamente grabada por aquel teniente.

¿O acaso tampoco era un teniente?

El coche siguió su marcha vertiginosa.

El *bungalow* se alzaba en la parte más solitaria del lado norte del

Estado.

El coche que se detuvo frente a la casa era el que normalmente había venido utilizando el teniente de homicidios.

Lorna iba a su lado. Ambos se apearon.

—Los otros todavía no deben haber llegado, pero no tardarán —comentó el hombre—. Les ordené que dieran un rodeo. Primero quiero hablar con el jefe.

Ella —Lorna— no contestó.

Los dos se dirigieron hacia la entrada de la casa, situada bajo un pequeño porche.

La puerta estaba entreabierta.

El hombre llamó con los nudillos.

Una voz en el interior respondió:

—Adelante.

Una vez hubieron traspuesto el umbral, el teniente y Lorna se hallaron frente a lo que muchos hubieran llamado una aparición.

El hombre que tenían ante sí era Eugenio Santillo, vivito y coleando y como cosa anormal en él, lucía una sonrisa de triunfo.

—¿Todo listo? —preguntó.

El teniente —falso teniente— asintió:

—Si esto dura un poco más, acabo por creermelo a mí mismo que soy un policía de verdad.

—Desde luego, ha hecho bien su papel —dijo Lorna.

—¿Nadie le ha reconocido?

—No. Al principio temí que uno de los guionistas recordara mi fisonomía por haberla visto en alguna película, pero resultaba difícil, casi siempre he salido con barbas o maquillado con aspecto raro.

—Por eso le elegí a usted.

El falso teniente entregó el pequeño magnetófono a Eugenio.

—Aquí están grabadas sus confesiones. No tardarán en llegar.

—Está bien... Pase a la otra habitación. Hay un bar. Sírvese lo que guste.

Cuando Lorna quedó a solas con Eugenio comentó:

—¿No cree que ha ido un poco lejos, Santillo?

—Esos imbéciles merecían una buena lección. ¡Pretender asesinarme a mí!

El ruido de un coche aproximándose hizo volver a Lorna.

—Deben ser ellos...

Eugenio se acercó a la mujer.

—Gracias por haberme ayudado, Lorna.

—Cuando me pidió la otra noche que me invitó a su casa, pensé, que sería algo así como un juego, pero ahora...

—¿De qué siente remordimientos? Esos tipos querían liquidarme... Son asesinos en potencia.

—Oí sus confesiones... Estaban verdaderamente arrepentidos.

—¿Y de qué sirve arrepentirse una vez cometido el daño?

—Quizá la culpa no fue suya totalmente. Usted fue excitándoles lentamente. Les pinchó día a día, les empujó deliberadamente a que le odiaran.

—Cuando un escritor odia es cuando mejor puede salirle un guion de crímenes.

—Esto es monstruoso...

—Oiga, Lorna... Mis guionistas son buenos, pero últimamente se habían amanerado un poco. No digo que sus temas no fueran originales, pero yo necesito más, mucho más. Necesito obras maestras y ellos pueden hacerlas sólo con que se esfuercen un poco.

Lorna sacudió la cabeza.

—Usted no lo comprende —siguió Eugenio— porque su mentalidad no es la de un genio. Yo lo soy. Sí. Lo soy. He conseguido que cuatro hombres por odio hacia mí se convirtieran en asesinos y al mismo tiempo realizaran el mejor argumento de su vida... Un argumento de crímenes sin criminales y sin víctima. ¿No es auténticamente genial?

—Lo siento, señor Santillo, no comparto su opinión.

—Me importa un comino su opinión, Lorna. Yo sé que he triunfado.

Tres pares de ojos se agrandaron. Tres expresiones de sorpresa se dibujaron en aquellos rostros. Tres bocas enmudecieron.

Roger, Joe y Richard, habían pasado de su estado de completo arrepentimiento por el crimen que creían haber cometido, a la más completa estupefacción.

¡Eugenio Santillo vivo!

Y el genio sonreía triunfante.

—Aún contra su propia voluntad les he proporcionado el mejor guion de su vida... Acérquense y que alguien les quite esas

esposas... La comedia terminó.

Ninguno de los tres tomó asiento. Lo hizo Eugenio en un confortable sillón, dándose aires de gran señor.

—Yo lo planeé todo, ¡todo! ¿No lo comprenden?

Roger murmuró:

—Había deseado su muerte con todas mis fuerzas, Santillo, pero una vez la creí consumada me arrepentí. De veras que me arrepentí. Por un hombre como usted me había perdido, me había convertido en un asesino... Ahora, que lo veo vivo debería desear su muerte otra vez por todo lo sucio que esconde su plan, sin embargo no es así... Me alegro de no ser un asesino.

—Y yo también —musitó Joe—. Ya será bastante para mi conciencia saber que he hecho lo posible para matar a un hombre... Pero repito que ésa es la mayor alegría que he tenido en mi vida, aunque por supuesto le despreciaré siempre, Santillo.

—Lo que han dicho mis amigos —terció Richard—, hágase cuenta que también lo he dicho yo.

—No me importan sus opiniones, sino mi obra...

—¿De qué se vanagloria usted?

—De todo... Desde el principio me puse de acuerdo con Jack Rivers y con el barman. Desde que planearon mi muerte he estado al corriente de todo.

«Un micrófono oculto bajo la mesa donde planeaban las cosas, servía para grabar sus conversaciones y al mismo tiempo asegurarme de que Jack Rivers, en última instancia, no se pasara a terreno enemigo».

Tras una ligera pausa prosiguió:

—Cuando todo estuvo listo para la gran comedia final, dejé que se fueran tranquilamente al motel pensando en que aquella noche yo iba a morir tras ingerir el veneno que había preparado Jack. Porque era veneno auténtico. ¿Saben? Si alguno quería probar sus efectos con animales no sospecharía nada...

«Lo de la muerte —continuó Santillo— no pudo ser más fácil. Yo mismo certifiqué mi defunción falsificando uno de los impresos oficiales que usan los médicos. Nadie pudo ver mi cuerpo porque la noticia —una simple gacetilla— apareció demasiado tarde en los periódicos, lo cual ya estaba hecho con este propósito. Cuando me enterraron, los de la funeraria llevaban sólo un ataúd lleno de

piedras.

»Pero faltaba el epílogo —sonrió el genio—. La policía. El miedo al sentirse acosados y entonces entró en escena un extra que interpretó el papel de teniente. ¡Y nadie dudó ni un momento!».

—Debe sentirse muy satisfecho —comentó despectivamente Richard.

—Cállese. No he concluido todavía —replicó Santillo y agregó seguidamente—: Sembrado el pánico había llegado el momento de tocar las fibras sensibles. Hacer alusión a la conciencia. De ello cuidó Lorna y sus efectos ya los han visto. Los tres confesaron de plano. Tengo sus confesiones... Desde luego, no soy ningún chantajista y, por lo tanto, nunca he pensado sacar partido alguno de ellas. Todo lo he hecho con el objeto exclusivo de darles una lección. Ustedes han vivido unos días en completa tensión... Es eso lo que quiero para mis películas. El público debe ser el auténtico protagonista. Debe destrozar la butaca de la sala si es preciso... Les he dado un guion en bandeja de plata.

—Aún a costa de jugar con nuestros sentimientos y nuestras conciencias.

—Un buen guionista debe tener cerebro. Nada más.

Tras un breve silencio, Joe comentó:

—Yo no soy guionista.

—Pero se metió en el lío usted solito y pensé que no venía de uno...

—¿Y la caída de Jack? ¿Una comedia?

—Lo de Jack fue un accidente. El plan era similar, puesto que Jack una vez les hubo telefoneado uno a uno pidiéndoles que ocuparan su lugar debía permanecer en el motel hasta que yo ordenara lo contrario, pero montó a caballo y se cayó... Claro que su inconsciencia no ha sido del todo auténtica, pero las heridas son leves de lo cual me alegro. Esto ha dado más realismo.

—¿Y si la misión de mezclar el veneno hubiese correspondido a otro? —preguntó Richard.

—Mejor que mejor. Todo estaba previsto, pero en este último caso, alguien hubiera telefoneado a los demás, fingiendo su voz —la del elegido— y pidiendo a cada uno de los otros que hiciera la mezcla. Luego para que no pudiera hablar ni descubrir que no había sido él el autor de la llamada, le habría secuestrado por unos días,

hasta llegar adonde hemos llegado hoy.

Ya nadie volvió a preguntar más detalles.

En el fondo a todos les repugnaba la idea de quien se creía un genio.

Nunca olvidarían que cada uno de ellos —Richard, Roger y Joe— eran auténticos asesinos, aunque no hubiese ninguna víctima por medio. Ellos habían matado, al menos con el pensamiento y la intención. Claro que se arrepintieron y confesaron aun a riesgo de perder su libertad para siempre... Pero el mal estaba hecho y sus corazones acusaban el impacto de aquel sincero dolor.

Para Eugenio no importaban en absoluto los sentimientos ajenos. Él había trazado un plan y no había escatimado medio alguno.

¿No habría castigo para aquello?

Los periódicos, más adelante comentarían la noticia con un alarde de sensacionalismo. El nombre de Eugenio Santillo sería encumbrado...

Los pensamientos de los reunidos quedaron cortados por la tajante e imperativa voz de Eugenio:

—Es hora de que empiecen a trabajar sobre ese argumento. Quiero una obra maestra. No les faltan elementos.

—No trabajaré más para usted —puntualizó Roger.

—Lo mismo digo —corroboró Richard.

—Tiene un contrato en vigor.

—Haga lo que quiera —se encogió de hombros Roger.

—No me gusta discutir. He dado una orden. Cúmplanla.

Y sin mediar más palabras, Eugenio salió de la casa.

En el pabellón contiguo, los falsos policías habían cambiado sus uniformes de guardarropía por ropas de paisano.

—¿Vamos con usted?

—No. Yo regreso solo.

Se metió dentro del coche y poco después arrancaba a todo gas.

Desde la casa Roger iba a llamar por teléfono.

—Necesitamos un taxi para regresar.

—Santillo tiene una furgoneta —dijo el falso policía saliendo de la habitación contigua.

—Prefiero un taxi —replicó Roger. Y los demás abundaron en esta idea.

Pero antes de que pudieran marcar el número, un coche de la policía se detenía frente al *bungalow*.

Era la policía auténtica. Con un par de agentes uniformados viajaba un teniente y... Myrna.

Joe corrió a su encuentro y ambos se abrazaron.

—Alguien tendrá que explicar muchas cosas —dijo el policía de paisano.

—¡Myrna! ¿Qué haces aquí? —preguntaba Joe.

—Me enteré de que Santillo vivía, fue casualidad. Llamé a la policía y... bueno es una larga historia...

—Alguien se ha estado fingiendo policía y esto es un delito y posiblemente en todo este tinglado que han armado hay más infracciones al código penal... Tendremos que hacer un informe.

—¿Conocías esta casa? —preguntó Joe.

Myrna asintió:

—Sabía que Santillo tenía un *bungalow*. No fue muy difícil averiguar las señas exactas.

Regresaron todos con la ayuda de otro coche que vino expresamente a recoger a todos los de la casa.

En el puesto de policía se aclararía todo...

Ellos —Roger, Richard y Joe— aun sintiéndose culpables no podían pagar culpa alguna ya que no hubo crimen y por lo tanto tampoco había víctima...

Sin embargo bastante antes de llegar a la ciudad, en una de las curvas más peligrosas del lado norte, en la montaña, habían varios coches detenidos y una ambulancia.

—Para un momento —ordenó el teniente al chófer—, quiero saber lo que ocurre.

El teniente salió del coche y preguntó a uno de los oficiales de la policía.

Enseguida fue informado.

—Se trata de un accidente mortal. El conductor del coche debió perder el control y se despeñó al fondo del barranco. Ha muerto.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sabemos, la mayoría de sus papeles se han quemado, pero creo que todavía podrá ser identificado —señaló hacia los camilleros que llevaban el cuerpo del infortunado—. Ahí está.

Cuando el infortunado automovilista iba a ser introducido dentro de la ambulancia, el teniente retiró el lienzo que cubría su rostro.

El muerto era...

EUGENIO SANTILLO.

FIN



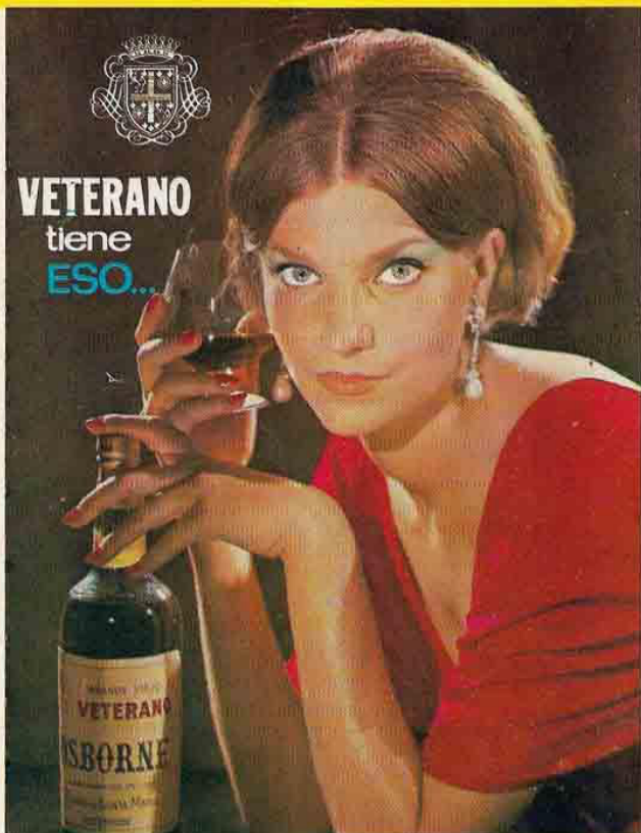
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



apaco

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

